



Pilar Adón
La vida sumergida



LA VIDA SUMERGIDA

PILAR ADÓN

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2017

© Pilar Adón, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: *Sin título (bañera blanca)* © Aino Kannisto, 2017

Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN: 978-84-17088-56-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PIETAS

Se habían habituado al licor de ajeno y lo bebían de pie, por las mañanas, junto al fregadero de piedra o apoyadas en la escalera que movían de un lado a otro por la biblioteca para llegar a los estantes más altos. Sin ceremonias previas ni finales. Sin ir a cambiarse de ropa. Sin adornarse el cuello ni las muñecas. Calladas y un tanto desgarradas, con la dejadez propia de la lentitud y la indiferencia, en un abandono que solo podían permitirse las depositarias de una elegancia congénita. Las beneficiarias de una delicadeza en la longitud de las formas, en la calidad de las telas que vestían a diario, conscientes de que existían dos tipos de personas, las que tenían clase y las que, por mucho que lo intentaran con bordados, pedrería y aromas sutiles, no la tenían ni la tendrían nunca. Al cabo de un tiempo indeterminado, que podía ser de unos minutos o que podía ser de unas horas transcurridas entre tragos cortos, entre libaciones del licor servido con decisión en sus vasos pequeños, procuraban ir a sentarse en las butacas de la cocina, siempre en silencio. Y entonces tal vez sí tuvieran que esforzarse por hacerlo con cierta dignidad. En ese momento tal vez resultara complicado moverse, dar más de dos pasos en la misma línea de equilibrio, y quizá debieran poner más atención en la distancia que recorrían ya que ambas podían haberse deshecho de la estabilidad y ambas podían haberse internado en la enormidad, el exceso. Sus avances por un suelo de madera que no era de hacía dos años ni de hacía cinco ni cincuenta tendrían que ser cautelosos.

Comían a la una y media, sin decirse nada, incómodas en su proximidad mutua. La confusión del ajeno daba paso a un primer júbilo físico y mental que, invariablemente, desembocaba en un cansancio un tanto dramático. Y era solo más tarde, ya durante los postres, cuando Brígida podía empezar a hablar para decirle que debía recoger la ropa de la azotea y que debía hacerlo antes de las cuatro. Con la voz arrogante de quien da una orden. Argumentándole que ella no iba a esforzarse por ir a la azotea (tenía que centrarse en sus mil tareas) y que debía ser Hilda quien se propulsara por el pasamanos de las escaleras hacia arriba sin excusas ni dilaciones. Antes de que empezara a soplar el viento y le resultara imposible (a ella y a cualquiera) asomarse al exterior. Tenía que subir a la planta superior, cerrar las ventanas de cada dormitorio y de cada sala, asegurar las contraventanas, bloquear la puerta de hierro que se deslizaba sobre una barra adherida al suelo a modo de carril hasta que la cancela chocaba contra la pared del gran balcón, siempre con un golpe seco, echar la llave de abajo con dos vueltas, echar la llave de arriba con dos vueltas, correr a la escalera, subir más aún y, una vez en la azotea, recogerlo todo antes de que empezaran los crujidos en cada muro de la casa. Los vaivenes de las cortinas que se elevarían por encima de las sillas a causa de las corrientes de aire que se colaban irremediabilmente a través

de las grietas abiertas entre los marcos de los miradores y las tablillas del entarimado, en una oscilación serpentina que haría presagiar la aparición de un ser biológico tras ellas (un lobo, una rana, un muchacho) o la aparición de un ser no biológico (una piedra de color ámbar).

Era cierto que las copas de los pinos habían empezado a agitarse bajo los cristales de los ventanales de la cocina, y Hilda recordó allí, contemplando el prodigioso estremecimiento de la red de huesos y tendones en que iba a desembocar cada uno de los troncos móviles de cada uno de los árboles, el momento en que le pidió a Brígida que se muriera. Ese día soplaba el viento igualmente, con aquella violencia nada excepcional dada la época y dada la zona. Habían cerrado las ventanas, las puertas. Habían asegurado los pestillos y habían corrido los visillos. Y fue en esa circunstancia cuando pensó que si Brígida moría, si Brígida desaparecía, toda la casa sería suya, entera para ella, y entonces no tendría que obedecer más órdenes. No tendría que ajustarse a los horarios ni a los propósitos de Brígida. Dejaría de estar sometida, juzgada, calificada a cada instante, y llevaría a la práctica sus proyectos. Todas sus fantasías. Sin tener que comer cuando Brígida quisiera, sin tener que dormir cuando Brígida quisiera. Podría ponerse sus vestidos más alegres. Bañarse en el embalse. Practicar sus lecciones de piano cuando deseara hacerlo y bailar cuando deseara hacerlo. Raspar la tierra y descubrir qué había debajo de cada planta, de cada pedazo de hierba seca, de cada montón de agujas de pino reunidas por el viento, como quería hacer desde que a la edad de seis años aprendiera que una pezuña era una uña fuerte y desarrollada, y que algunos animales las tenían largas y afiladas a modo de apéndices cortantes, como zarpas, para atrapar a su presa, para aferrarse a ella, para cerciorarse de que no podría escapar y para excavar, escondiendo bajo la parte de suelo visible cualquier objeto valioso, su alimento. Lo aprendió de niña y desde entonces quiso comportarse como un perro que se esforzara por desenterrar de la base del monte el hueso escondido años atrás por él o por un antepasado. Extraer del barro la explicación a su existencia. Desentrañar el significado de cada estímulo para quedarse tranquila y poder regresar a sus actividades cotidianas. Sus otras actividades cotidianas. Creyendo que semejantes explicaciones se encontrarían en la base de los montes, bajo las pilas de materia fusionada al azar. Creyendo que podrían desenterrarse con solo escarbar. Revolviendo bajo el abono de los cultivos. Bajo las semillas alojadas en las hileras de los huertos.

Bajo los círculos de ceniza abandonados por los pastores. Bajo las formaciones de piedras grandes o bajo las formaciones de piedras pequeñas que se ocultaban bajo las piedras grandes.

Si Brígida desaparecía y toda la casa pasaba a ser suya, se entregaría al aprendizaje de un idioma vivo o de un idioma en extinción. A la investigación de los requisitos necesarios para que los miembros de un grupo llevaran una convivencia civilizada. A la resolución de la incógnita de si para que dicha convivencia civilizada pudiera ser real debía optarse siempre por el sometimiento y siempre por la rendición de unos ante otros. A desentrañar el auténtico significado de las palabras de negación que se apropiaban de las palabras primigenias para contradecirlas y desposeerlas de su sentido primordial. Desapego. Desarraigo. Desafección. Desaparición. Frente al apego, el arraigo, la afección, la aparición. Centrada en su lista de libros, los que debía leer antes de convertirse en una anciana como lo era Brígida. *Middlemarch* y *Al faro*. *Grandes esperanzas*. *Un mundo feliz*. *La abadía de Northanger*. *Edipo rey*. *Crimen y castigo*. *La comedia humana*. *Ariel*. *El rey Lear* y el *Libro de la vida*. *La montaña mágica*. *Matar a un ruiseñor*. *Los miserables*. *Rojo y Negro*. ¿Acaso los leería con Brígida a su lado, formando parte de la casa, envuelta en sus chales en invierno y en sus tules en verano, haciéndose notar por su aliento, con

esa respiración de mujer que dejó de ser joven hacía años?

Lo dudaba.

Así que le pidió a Brígida que se muriera. La única manera de conseguir una identidad personal.

Y días después, Brígida estaba muerta.

Nunca pudo negarle nada. Nunca pudo oponerse a sus caprichos. De modo que se murió.

—¿Es que me odias? —le preguntó.

Y Hilda respondió que no. Que por supuesto que no. ¿Cómo iba a odiarla? Había sido su protectora. Su maestra. La encargada de orientar sus gustos hacia sus primeras lecturas. Su consejera llegado el momento de enfrentarse a un texto de Séneca y descubrir que la experiencia podía asemejarse a la de leer un angustioso libro de superación personal. Frases como «Vivís como si fuerais a vivir siempre» o «A vivir hay que aprender toda la vida». Claro que no la odiaba. Brígida le había explicado qué era un minueto, qué una gavota. Le había dado la definición de música como el arte de bien combinar los sonidos y el silencio en el tiempo. No la odiaba. Simplemente deseaba que se deshiciera. Que se volviera transparente. Que se transformara en una esencia de luz sin estructura ni carne ni presencia. ¿Qué más tenía que hacer allí? Nada. De alguna manera, su época había pasado. Su misión había concluido. ¿Qué podía aportarle a ella con su muerte voluntaria? Todo. La independencia. El desarrollo como ser autónomo y perfecto. Como unidad sin condicionamientos. En aquella casa situada en la ladera de un monte. Rodeada de pinos, de aves y de insectos, y del brillo rojo del sol del amanecer y del sol del atardecer. En libertad. Con la posibilidad de actuar y no actuar. Ir y no ir. Querer y no querer. El privilegio supremo de la elección. Crecer hacia arriba o tumbarse extendida. Meter los dedos en el saco del azúcar o meter los dedos en el saco de la sal.

—No me odies —insistió Brígida.

Y Hilda tuvo que insistir a su vez en que no la odiaba. En que nunca podría odiarla. Cuando se odia a alguien se odia su voz, se odia su olor, se odia el sonido que el ser odiado hace al comer y el sonido que el ser odiado hace al respirar. Se odia el tiempo que se ha pasado a su lado, el tiempo que se ha echado a perder y las horas de confianza, de paciencia e irrealidad a la espera de que el ser odiado pudiera cambiar. Se odia cada palabra que pronuncia y la manera en que la pronuncia. Lo que hace, lo que no hace y lo que planea hacer. Su incapacidad de hacer. El no hacer. El desgaste. La derrota de irse consumiendo. El fracaso de no haber tenido la osadía de ocultarse antes, de huir antes. De buscar un lugar nuevo en el que arrojarse y una escalera nueva por la que ascender. Se odia el espacio que ocupa el propio odio, la posición que rellena, el hueco que de no estar él sería aire. Claridad, limpieza. Cuando se odia a alguien se odia su ropa, su carácter, el modo que tiene de echar a andar y el modo que tiene de estar inmóvil, de pie, sin reaccionar. Se odia su acción y su no acción. Se odia su presencia y su ausencia. Se odia su habla y su silencio. Su actitud. Su perfil. Su sombra. Su charla insustancial. Su afán por mostrarse memorable o trascendente. No todo el mundo odia. No todo el mundo odia siempre. No todo el mundo odia del mismo modo ni al mismo tiempo. Pero el odio implica el deseo del mal. La desgracia ajena. Una caída. Un accidente. Una lesión que le haga descubrir al ser odiado lo triste y gris que es el mundo y lo patética, doliente y amargada que puede ser la existencia. Su existencia. Un gesto. Un deje. Una disposición a la mirada altiva, a la voz prepotente, al gesto de superioridad de un particular Ruskin sobre su particular Effie. Cuando se odia a alguien, su

desgracia es el consuelo de quien odia. Se vive por saber de su infortunio.

Pero Hilda no le deseaba a Brígida ningún infortunio. El final de su vida no vendría de la mano del odio sino de la mano de la conveniencia. Que Brígida muriera resultaba provechoso para ella. De modo que se lo pidió.

Y Brígida se lo concedió.

Y a partir de ese instante Hilda se dedicó a vagar sin conseguir nada útil. Nada provechoso. Entregada a la práctica de la demora. Al examen de los colores de los suelos de mosaico que se extendían por la zona de la casa a la que hubiera ido a parar en función de su estado de ánimo, en función del hambre o el sueño que tuviera o en función del punto en que hubiera decidido ir a situarse Brígida esa mañana. Tal vez en la sala alargada por la que se podía bailar. Tal vez en la galería que desembocaba en la sala alfombrada en la que se podía tocar un instrumento, leer o pensar. O tal vez en el pasillo de las columnas, por donde se podía pasear sin llevar a cabo otra actividad que la de contemplar los dibujos de los techos o la de comparar los brillos que las vidrieras del segmento más elevado de los ventanales emitieran sobre las paredes opuestas, las del mismo pasillo y también las que formaban parte ya de las habitaciones laterales. ¿Por qué no se movía con la energía con que había esperado moverse ahora que estaba sola? ¿Por qué no se entregaba a la vida de los montes o a la vida del estudio de las estéticas pictóricas del siglo xix? En lugar de aprender, formar una mente fuerte en un cuerpo fuerte, Hilda dejaba transcurrir las horas atenta a algún sonido, postrada en su pretensión de descifrar cada chasquido, cada rumor, centrada en la idea de que de haber vivido en el mismo año pero en el siglo anterior, se encontraría en una realidad que no tendría nada que ver con la de querer aprender y no tener fuerzas ni voluntad para hacerlo, sino en la realidad de las heridas, las batallas y las matanzas de la Gran Guerra. Imaginando cómo sería dejar de ser joven cuando siempre se había sido joven y cuando se seguía siendo joven.

Tendida en el suelo, con un brazo doblado bajo la cabeza a modo de almohada, se proponía individualizar las hojas de acanto y las espinas de los capiteles. ¿Por qué no leía? ¿Por qué no corría y por qué no saltaba? ¿Por qué prefería buscar los radiadores ocultos tras las rejillas de madera oscura? Mirar en el interior para descubrir las flores de las molduras, junto a lo que parecían frutas, y mirar en el exterior para captar el verde de las agujas de los pinos antes de que cayeran al suelo y se convirtieran en el marrón de las agujas de los pinos. Se preguntaba qué clase de leña sería la que usaban ellas (¿ellas? ahora solo era ella). ¿Fronosas o resinosas? ¿De roble, encina o haya? ¿De pino? ¿De abeto? Hilda quería que fuera de abeto, aunque le parecía poco probable. Años atrás habían rescatado del embalse un tronco seco y lo habían arrastrado por el sendero hasta dejarlo caer, rendidas, contra una de las vallas que delimitaban la extensión de la tierra que rodeaba su casa. Lo habían trasladado como juezas que deciden el destino de un caído. Con paradas intermitentes para recuperar el aliento, para darse ánimos y repetirse que lo que estaban haciendo no alteraba el orden natural del cosmos porque el cosmos ni lo advertiría, porque el tronco ya estaba seco cuando lo encontraron y porque el tronco no pertenecía al agua del embalse sino a la tierra de los alrededores. Debían reiterarse que estaban devolviendo a la tierra lo que era de la tierra. Sin inquietar nada. Sin implantar elementos imposibles en un escenario silvestre. Sin interferir en los mecanismos de la naturaleza y de la creación. De modo que cualquier remordimiento era un remordimiento innecesario. Penar por el hecho de penar. Lo que estaban haciendo no constituía una mala acción.

¿Pedirle a alguien que se muriera constituía una mala acción?

Brígida le había evidenciado su amor muriéndose cuando ella se lo pidió, igual que le había evidenciado su amor día tras día mientras vivieron juntas, en ese estado de plácida navegación que las trasladaba por encima de las cosas sin rozarlas. Le había enseñado a estudiar y a instruirse. ¿Por qué se fijaba ahora en el dorado de los globos que se repartían por los salones, sujetos a los muros mediante piezas de color bronce, desprendiendo al encenderse una luz nocturna más o menos esférica?

Debía levantarse. Al menos, debía intentarlo. Recordar cuál había sido su voluntad: que sus ideas fueran el resultado de su propia manera de respirar, de hablar, de andar y buscar. Debía intentarlo. Levantarse. Y se levantaba. Se acercaba al sillón en el que siempre se había sentado para estudiar. Cogía un libro del suelo, el que hablaba de las sirenas como ninfas marinas con medio cuerpo de mujer y medio cuerpo de ave. Dejaba a su espalda la chimenea apagada preguntándose si los pájaros habrían anidado arriba. Se acomodaba tras haberse puesto un pañuelo en la cabeza con el que retirarse el pelo de la cara, y entonces veía a Brígida ante ella, justo ahí, sobre la alfombra. Anclada al suelo con sus botas de piel. Sonriendo y mostrando unas mejillas pálidas, como si estuviera a punto de desvanecerse o como si sufriera los efectos de un padecimiento que nadie podría mitigar con ningún medicamento ni con ningún remedio ancestral porque, al fin y al cabo, estaba muerta.

Aunque allí la tenía. Mirándola.

—Me echas de menos —oyó.

No podía oírla. Estaba muerta. Aun así, respondió:

—A mí me gustan las personas vivas.

La carcajada de Brígida la estremeció. La sacudió como sacudió la estructura de la casa en su retumbar contra los paneles de madera que forraban los tabiques de la habitación y contra el espejo que colgaba a unos centímetros de la repisa que remataba el marco protector del fuego en invierno. El estruendo desapareció al ir chocándose contra los ángulos de las paredes interiores del conducto de la chimenea en su ascenso hacia la realidad del cielo y hacia el nido que tal vez los pájaros hubieran construido ya.

—Yo te crie. Te di una educación.

—Y yo te pedí que desaparecieras. ¿Por qué no me dejas en paz? Me asustas.

—¿Te asusto? ¿Cómo voy a asustarte? Siempre hemos vivido juntas.

—Me observas. Estás en todas partes. No me dejas respirar. Te pedí que me permitieras llevar una vida distinta. ¿Es así como me vas a ayudar? No puedo hacer nada si estás ahí constantemente.

Se le aparecía entre los libros, y Hilda no se atrevía ni a acercarse a ellos.

—Nadie me conoce mejor que tú. Te estoy ayudando a mi manera.

—Yo quiero que me ayudes a la mía.

—Todo lo hago por amor. Si desaparecí fue por amor y si ahora estoy aquí es por amor. No puedo dejarte sola.

—Tienes que hacerlo. Quiero que te vayas.

—También se puede amar una casa, ¿lo sabías? No veo en qué otro lugar podría vivir si tuviera que marcharme de aquí. ¿Adónde? ¿Qué me propones?

—No puedes usar el verbo vivir. No es aplicable en tu caso. Estás muerta.

Brígida se echó a reír de nuevo y su risa volvió a reverberar entre las figuras de escayola, las

esculturas de bronce y las hojas alargadas y estrechas de las palmeras de salón que crecían junto a una de las vitrinas. Llevaba prendido en el vestido un alfiler de metal antiguo.

—¿Eso crees? ¿Te parezco muerta?

—Yo te vi morir.

—Que me vieras morir no significa nada.

—Solo te he pedido una cosa. Un único favor. Y así te comportas.

Presentándose en cada rincón. Diversas Brígidas en diversas formas y posturas y disposiciones. Subida a la barandilla de la escalera o encerrada en un armario. Charlatana como en ese instante o ahogada en un mutismo que su presencia alzada, de pie sobre la alfombra, hacía insufrible. Arrasada por el viento del monte o azotada por la nitidez del mediodía. Huyendo y regresando. Desapareciendo y volviendo a revelarse ante ella como una entidad renovada, capaz de resistir hasta el fin de los días, perfecta en su capacidad de mantenerse a medio camino entre la luminosidad de la existencia y la opacidad de la nada.

—Si quieres, cenamos juntas.

—Tú no puedes comer.

—Qué cosa tan absurda.

Encontraba cabellos de Brígida en el lavabo del tocador. En sus horquillas y en los cepillos para el pelo. No podía estar segura de no ir a encontrar su sombra deslizándose en cualquier momento por el blanco de las columnas de los pasillos, bajo las pinturas de los techos y entre los brillos de las vidrieras que se grababan sobre la lisura de las paredes. O la forma de sus hombros adaptándose al respaldo rojo de alguna de las sillas que escoltaban la entrada al salón principal. Sus risotadas le llegaban desde el exterior, cuando se alzaba junto a la valla que señalaba la anchura de su propiedad, y desde el interior, cuando se hundía en la bañera del centro de su cuarto de baño y se mantenía allí horas, sumergida en un agua turbia que con toda certeza estaría quedándose helada. Ella había deseado vivir sola, saberse sola, transformarse sola. Sin más obediencia ni más resignación ante los caprichos de nadie. Sin más sumisión. Sin sentirse forzada a acatar las normas que pronunciaban los labios secos de su maestra con la voz seca de su maestra, en ocasiones de la manera más extravagante e inesperada. Sin verse sometida a sus doctrinas, a su ciencia, a sus creencias acerca de cómo orientar las fantasías y las aspiraciones de dos personas hacia un fin común. Hacia un fin común de las dos. Solo de ellas dos. Hilda aspiraba a mantener sus fantasías de una manera particular, exclusiva. Tender hacia un fin único, el suyo. Y ahora tenía que soportar la presencia de una legión de Brígidas que vigilaban sus jornadas desde cada recoveco de la casa, junto a los pequeños jarrones de lirios y desde debajo de las mesas. Un séquito de Brígidas que inspeccionaban su ropa, que pasaban los dedos por encima de su muestrario de piedras planas y piedras redondas, que rozaban el cristal de sus botes de arena y abrían las cajas donde almacenaba su colección de agujas de pino. Todas aquellas Brígidas que exploraban su masticación, que prestaban atención a las modulaciones de su deglución, que se preguntaban por su manera de dejarse influir por los fragmentos más ingratos de los cuentos infantiles, las leyendas y la ficción, y que se impacientaban ante su manía de ir a encogerse entre las sábanas tras haber cerrado la puerta de su dormitorio, pretendiendo escapar de ellas. Oculta en la frontera que separaba el delirio diurno de la vigilia del delirio nocturno del sueño.

—Tu sacrificio fue una farsa.

—Mi sacrificio fue una ofrenda a ti. Un ejercicio de generosidad absoluta.

—Te ha durado poco.

—Hice lo máximo que se puede hacer por otra persona. La entrega del don principal. Deberías mostrarte más agradecida.

—Lo haría si fueras consecuente.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Qué ha sido de tus aspiraciones? No veo que estés llevando a la práctica ninguno de tus planes. —Brígida se aproximaba a un velador sobre el que habían depositado una brújula, un par de miniaturas, un pisapapeles redondo.

—No me dejas.

—Las circunstancias cambian, *ma chérie*. Todos le damos forma a nuestro mundo. Todos nos establecemos en nuestras parcelas. Espirituales y mentales. Y mi sustancia está en este lugar. No olvides que yo ya estaba aquí cuando tú llegaste.

Un argumento irrefutable. Una verdad incuestionable. Podían preguntarle a cualquiera: todo el mundo lo confirmaría. Todos corroborarían la premisa de Brígida. Ella ya estaba allí cuando Hilda llegó. Pero ¿era aquella una razón suficiente? ¿El hecho de haber estado siempre allí justificaba el hecho de querer permanecer para siempre allí? Parecía evidente que para Brígida era así. Y parecía evidente que iba a hacérselo saber en todo momento. Antes de dormir y al despertar. Desde la escalera más elevada y desde lo más oscuro del sótano. Entre murmullos o con alaridos. Mientras recorría con una sonrisa grabada en la cara la pétreo estructura del que había sido y seguiría siendo su hogar.

—Lo comprenderás cuando te ocurra a ti —dijo. Y sonrió repitiéndole que era el amor lo que le impedía dejarla sola. El amor por ella, su pupila. Y el amor a su casa.

Si estuviera viva, podría haber envejecido y podría haber muerto en su plazo asignado. En el instante previsto. Como cualquier otro ser. Pero ¿y ahora? ¿Qué iba a ser de Brígida? ¿Se mantendría en ese estado de energía eterna? ¿Sería inmortal en su irrealidad actual? Lo cierto era que ya no podía morir. No podía morir dos veces. De modo que Hilda tendría que resistir y conformarse y compartir el espacio y el aire con quien tanto decía quererla. Con aquella Brígida que se dividía de nuevo para caminar sobre las alfombras de lana y seda, para pisar los suelos de madera y los suelos de mosaico, para deslizarse bajo las lámparas de ocho luces y rozar a la vez con una mano las hojas de las palmeras.

—Ahora trabaja un poco, anda. Sé buena.

Y con ese «sé buena» flotando entre las dos siguió avanzando hacia su dormitorio, dejando atrás los cuadros repartidos por el suelo, apoyados contra las paredes, los grabados sobre los trabajos de Hércules en los que el bebé semidiós estrangulaba a las dos serpientes enviadas por Juno para asesinarle en su cuna y las partituras de las alemandas de Bach, elegidas por ella por ser los movimientos más profundos y meditativos de las suites. Dejando atrás la sala en la que se quedaba Hilda junto a sus libros y junto a la chimenea apagada sobre la que quizá ya existiera un nido. El de una cigüeña.

PLANTAS AÉREAS

La señora Milne no ha dejado de cojear y toser desde su difícil caída por las escaleras de hace ya casi dos meses. Ella insiste en acusar a las residentes más veteranas. Incluso tiene en mente el rostro de alguna de ellas como evidente culpable de risas, guiños y fascinación al ver cómo su ocurrencia concluía de una manera mucho más oscura y vertiginosa de lo esperado: con el cuerpo enjuto y quebradizo de la señora Milne golpeando, en su descenso, la fría piedra de los escalones, uno tras otro. Pero no dispone de pruebas ni de testigos. No puede escribir una carta a los padres de la sospechosa, a sus tíos o tutores legales, porque no sabría siquiera cómo plantear sus conjeturas (Estimado señor, recientemente fui empujada por su hija... Estimado señor, su hija ha procedido a llevar a cabo sus maliciosos planes consistentes en empujarme... Estimado señor, tiene usted un monstruo por hija...), que surgirían como los delirios de una vieja encerrada en una abadía.

Sin embargo, la señora Milne no es vieja en absoluto. Lo parece ahora que cojea por los pasillos, más y más encogida en sus espasmos cada vez que se ve atacada por uno de esos violentos y agotadores accesos de tos. Pero sus ojos no han desarrollado alrededor las líneas que los adormecerán y su piel se mantiene limpia de manchas. Además, huele bien. No hace ruido al comer ni se oye la actividad hueca de su garganta al tragar sorbos de agua y elevar al máximo el vaso hacia el techo cuando bebe. No espira al terminar. No emite silbidos por la nariz ni se oyen los movimientos de sus tripas en las reuniones previas al almuerzo. Todo lo cual hace de la señora Milne un ser pulcro y de agradable compañía. Muy distinta a otras.

Al igual que yo, no tiene familia a la que visitar ni un hogar al que regresar. Por lo que ambas pasaremos en la abadía los días de la Navidad, ella dedicada a la oración y al cumplimiento de los ritos litúrgicos, y yo entregada a mis libros y a las enseñanzas en materia de horticultura (siembra, laboreo y recolección) que me ofrece el señor Miori, a quien, a veces, me sorprende llamando Daniel. También pasearé. Con frecuencia me dedico a caminar como lo haría un poeta inglés de principios del xix, pero sin pretensiones, sin nada que argumentar. Solo observando los cambios de escenario. Cuando llegué hace tres años, me sorprendí relacionando el rígido aislamiento que aquí me esperaba con el dolor que sentía en los músculos al avanzar, y con la limitada capacidad de mis mal acostumbrados pulmones, que se negaban a admitir el aire que necesitaba para seguir andando indefinidamente. Las primeras veces no aguanté mucho. Las piernas no me respondían y me veía obligada a dar media vuelta para, muy despacio, con múltiples paradas para descansar, llegar de nuevo hasta una de las puertas laterales del edificio principal. Aunque he de decir que, más que a la indudable falta de forma física y de entrenamiento

(era consciente de que todavía no podía exigirme demasiado), la decisión de volver a los pocos minutos se debía, esencialmente, a una acentuada y extravagante sensación de vergüenza. Al temor de que alguien estuviera observando esa empecinada actitud mía con una sonrisa irónica en los labios, y un «¿puede saberse qué es lo que está usted haciendo? ¿De verdad quiere salir a caminar sola, sin ir a ningún sitio, sin trazar un destino claro en un mapa? ¿Sin un objetivo? ¿Solo para perder el tiempo?». Aquellas primeras veces regresaba precipitadamente, cerraba los ojos con fuerza e intentaba recordar, repitiéndomelo una y otra vez, que ni en las montañas ni en el lago ni en las ciénagas había gente hostil. Nadie contemplaba mis pasos ni el calzado que llevaba ni la manera de mover los brazos en mi deambular por el camino que hubiera decidido seguir hasta los muros que delimitaban la propiedad y que me impedían continuar. Nadie juzgaba si la marcha que llevaba era la más conveniente, si sufriría una lesión o no por elegir un sendero inadecuado, si arrancaba demasiado deprisa o si se me iba a echar la noche encima sin haber previsto ningún refugio en el que encerrarme para tomar algo sólido. Nadie me observaba. Y, sin embargo, todas aquellas exigencias, aquellas voces reprobatorias que coreaban «¿qué es lo que se propone? ¿Demostrar algo? ¿Va a jugar usted sola a los exploradores?» no cesaban. Jamás. Ni siquiera bajo los benéficos efectos del agua de las bañeras.

Así pues, tras el sexto intento fallido pasé unos días sin salir. Días en los que procuré alimentarme bien, preparar mis ejercicios, leer durante horas y mentirme libremente al recalcar me que si no andaba era porque me dolían las piernas.

No puedo revelarle semejantes impresiones al señor Miori, Daniel, que me explica desde su silla junto al fuego, cerca del árbol que ha decorado con tanto detalle, que diciembre no es el mes más apropiado para realizar según qué labores, y que se dedica, por tanto, a otras: construir nuevos semilleros, vigilar los sacos de arpillera y las telas de plástico con que cubre las plantas más sensibles al frío, arreglar sus herramientas e idear nuevas técnicas que llevará a la práctica durante los meses más cálidos. El color de sus ojos es del máximo azul que pueden aceptar unos ojos y, algunas noches, aunque pase días sin sentarme a su lado, soy capaz de recordar con facilidad lo blanquecino de su piel salpicada de racimos de manchas rojizas que se diseminan, de forma caprichosa, por sus mejillas, su frente, sus manos.

—¿Sabe usted que al té no hay que echarle azúcar? —Lo normal es que yo no responda cuando el señor Miori, Daniel, empieza con su «sabe usted». De manera que él continúa mientras, a su lado, puede ir perfilándose la silueta de un perro no muy grande, más bien delgado—. Desvirtúa todo su sabor.

Poco puedo añadir yo ante semejantes afirmaciones. El perro suele estar empapado y mantiene la cabeza gacha, como si deseara examinar el suelo, cuando lo cierto es que, a la vez, alza hacia mí sus ojos, negros y profundos, como un súbdito humillado que solicitara la clemencia de su rey. Si está tranquilo, me garantiza que nos encontramos los tres solos en la parte destinada a los huertos. Aunque, ¿habían estado las otras personas allí esa mañana, ante la puerta de Daniel, esperándome? ¿Habían dejado allí sus huellas?

Porque a veces recuerdo episodios que creo no haber vivido. Y, cuando eso sucede, cuando salgo a caminar y oigo exigencias y reproches a mi alrededor, me da la impresión de que, en realidad, comparto una existencia más íntima, secreta e intangible con otra gente. Hombres y mujeres que han diseñado cada uno de mis días con anterioridad, con un cuidado y un mimo absolutos, y que saben qué hago, qué opino y qué deploro en cada circunstancia. Personas que, si

yo así lo quisiera, si decidiera decir sus nombres en voz alta, se presentarían ante mí para preguntar qué echo de menos. Qué he perdido y qué preciso. Y para procurar satisfacer en un abrir y cerrar de ojos cualquiera de mis necesidades.

No puedo contarle nada de todo esto al señor Miori. Cuando salgo a pasear entre los robles y los fresnos que ascienden en número de diez mil por cerradas pendientes repletas de hojas y raíces al descubierto, después de abandonar los invernaderos y antes de alcanzar los muros de ladrillo y piedra caliza, procuro no escuchar a la gente que me llama. No he de olvidar que los que están a punto de llegar sí reclamarán de mí una conversación ordenada, con sus irritantes explicaciones acerca de los reparos y las consideraciones de los desconocidos. Con toda esa perorata sobre la personalidad y el ánimo, y tantas, tantas palabras, tantos argumentos y suposiciones... Pero, mientras, he de separar los labios ya que el aire se niega a seguir entrando por la nariz, sonreír como si todo lo que el destino me tuviera preparado fuera una inmensa y duradera felicidad, y repetirme que si estoy aquí es por algo. Por algo importante que no debo olvidar jamás.

En la cocina la actividad crece hasta hacerse frenética durante estos días. Alguien llega y alguien se va. Toda la laboriosidad cotidiana de la abadía, de las reuniones y las clases parece ahora reservarse exclusivamente para el espacio consagrado a los hornos y las mesas de amasar donde se elaboran los panes y los postres que todavía han de repartirse entre algunas familias. Los grandes cubos metálicos en los que se recoge la leche. La mantequilla, los huevos. La leña, el agua, el calor de las brasas... Me muevo entre las cocineras como un espíritu incorpóreo, y, por tanto, nadie parece reparar en mí. Pero he aprendido cosas. Ahora sé que hay distintos tipos de harina y que se le puede añadir fruta, zumo de limón, semillas, pasas, nueces.

—Señorita... ¡Señorita! ¿No preferiría salir al salón? Han preparado un buen fuego, y estará caliente. Aquí dentro va a mancharse el vestido, y el pelo se le impregnará de este olor. ¿No preferiría...?

Sí. Desde luego. Resultaría mucho más conveniente que me acercara a los ventanales de la sala de lectura y que, desde allí, contemplara plácidamente el lago cubierto de sombras. Suelo pasar despierta la mayor parte de las horas destinadas al sueño, y suelo encontrarme en un estado de ánimo poco propicio para celebraciones. Cualquier celebración. Pero, dadas las fechas, resultaba forzoso sentirse agradecida y compartir algo (quizá ese agradecimiento o quizá solo una civilizada y necesaria comprensión mutua) con los demás. Además, sabía que llegarían visitantes para sentarse a nuestra mesa, y sabía que debía mostrarme ante ellos tal y como esperaban: con maneras sencillas y suaves, pero impecables.

Precisamente allí, en la sala de lectura, parecían haber acomodado ya a una de nuestras invitadas más tempranas. En situaciones así, aunque bruscas y fatigosas, resulta obligado aproximarse, sonreír con afabilidad, y hacer lo posible para que el huésped se sienta como en el salón de su propia casa. Y con esa disposición me acerqué. Erguida. Procurando no frotarme los dedos de las manos en exceso, procurando no hacer nada en exceso, y escuchando el torpe sonido de mis pasos. Fui hacia ella con la idea de que tal vez pudiéramos mantener una agradable conversación acerca de nuestra disposición personal a emprender viajes o acerca de personajes imaginarios o la astucia de determinados infantes. No obstante, al ver cómo se alzaba su rostro tan demacrado, al contemplar sus ojos a la altura de los míos, su pelo que revelaba la textura y el

color de mi propio pelo, y sus ropas tan idénticas a mis ropas, todo lo que conseguí articular fue un ruido amorfo que, más que la manifestación natural de una peculiaridad humana, pareció un profundo aullido animal.

—Bienvenida, ¿señorita...?

—Amanda.

¿Qué más podía decir? Extendí una mano hacia ella y traté de mantener una expresión serena, consciente de que la anfitriona era yo, aunque consciente también de que no debía de estar teniendo mucho éxito.

—¿Desea volver a sentarse, Amanda?

—No es necesario, gracias. ¿Y usted?

Tampoco yo me senté. Me notaba más adormecida aún. Insensibilizada desde el momento en que me acerqué a esa muchacha con aspecto de haber salido en ese mismo instante, y por primera vez en su vida, de una habitación sin ventanas.

—¿Ha visto ya a la señora Milne?

—No. Aún no he tenido el gusto. ¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí. Usted.

—Yo vivo aquí.

—¡Ah! Perfecto. En ese caso ya habrá tenido el placer de ver hoy a la señora Milne, ¿me equivoco?

¿Cómo podíamos parecernos tanto? ¿Cómo podía tener mi mismo tono de voz, de manera que era oír sus palabras y tener la impresión de que oía las mías? ¿Por qué movía las manos de esa forma, medida y eficaz, ajustada al ascenso y descenso de sus modulaciones interrogativas? ¿Cómo sabía que debía inclinar la cabeza hasta ese ángulo exacto, en evidente señal de interés, mientras reclamaba a la vez una respuesta rápida? ¿Me había observado? ¿Se había percatado de los buenos resultados que me daban a mí esos remilgos, y había decidido imitar mis pautas? Seguir mis esquemas.

Pude por fin apartarme y dirigirme a la ventana. Uno de los adornos se había desprendido del cristal e intenté colocarlo correctamente. Como debía estar. En su sitio.

—¿Cultiva usted flores? —oí—. A mí me gustan los lirios. Toda clase de lirios. En cambio nunca tengo jacintos en mi habitación. Ya lo habrá advertido usted. Huelen demasiado. Me marean.

¿Iba a tener que escuchar mi propia voz aflorando de una garganta ajena? ¿No podía inventar una excusa aceptable y echar a correr para encerrarme en el dormitorio? No. Porque en ese momento entraba la señora Milne y, tras mirarnos con una displicencia que me resultaba familiar, tras espiar nuestros gestos, avanzó hacia nosotras muy despacio, procurando mantener el equilibrio y no toser. Nos saludó y, mientras entraba también el señor Miori, Daniel, detrás de ella, nos dijo:

—Señorita, ya lo sabe: nada de espectáculos, ¿de acuerdo? No quiero tonterías. Los coches están a punto de llegar, y a la mínima, ¿me ha oído bien?, a la mínima, será encerrada como las demás. Nada de carreras por las escaleras. Nada de risitas. Nada de tirar los cubiertos al suelo ni de guardar comida en las servilletas. Creo que ha quedado claro. ¿Ha quedado claro? Espero que sepa aprovechar la confianza que hoy depositamos en usted.

Amanda se echó a reír pero no de alegría. Me miró. La suya era la risa de la histeria, y el señor Miori me tomó en brazos como un niño toma un globo de helio para depositarme, con el máximo cuidado, en el sofá.

—Descanse un poco, señorita. Hoy va a ser un día largo.

Un día largo. Sí. En el que no debíamos alborotar ni chillar ni darnos patadas por debajo de los manteles de la mesa grande. Deseaba que llegara la noche y deseaba que concluyera la solemnidad de la celebración. Todos conocían mi modo reservado de comportarme. Pero aquello acababa de empezar. Solo estaba empezando.

Me levanté y volví a mirar por la ventana. Desde allí podría divisar la llegada de los primeros invitados. Quizá conociera a alguno de ellos. Quizá, después de todo, las horas transcurrieran tranquilas y amables. Quizá debiera conformarme, buscar una silla cómoda, disponer de un elegante sombrero con el que cubrirme los ojos, y aceptar de una vez el movimiento acompasado de los pájaros por encima de nuestras cabezas. Desde luego, resultaría mucho más sencillo dejar de pensar. Pero eso es algo que yo no sé hacer, dejar de pensar. Además, al señor Miori le gusta darme golpecitos en las manos para que me detenga. Es mejor que no las mueva con semejante agitación, y ha decidido quedarse junto a mí a este lado de la sala. Así que ahora puedo girarme, contemplar cómo se le entreabren los labios de forma involuntaria y, sin apartar los ojos de una de las manchas más cristalinas, una mancha hipnótica que ha ido a situarse justo debajo de su ojo izquierdo, considerar que la próxima semana, cuando todos se hayan ido, cuando terminen sus ridículas vacaciones y nosotros volvamos a sentarnos al calor del fuego, tal vez sea capaz de pedirle de una vez que me explique en qué consiste todo esto, tanta confusión y tanto vacío.

LA PRIMERA CASA DE LA ALDEA

No dejes el camino, que hay osos, jabalíes, lobos.
Ven, toma el cuchillo de montero de tu padre; sabes usarlo.

«El hombre lobo», Angela Carter

Hoy he visto cómo se acercaba. Normalmente solo sé que ha llegado cuando ya está en la puerta y empieza a llamar al timbre con esa lentitud que define cada uno de sus movimientos. Pero hoy estaba alerta y he visto su manera de aproximarse a nuestra casa y rondarnos sabiendo que no va a conseguir lo que busca pero insistiendo. Para fastidiarme. Llama y espera a que me asome, y si no me asomo vuelve a llamar porque no tiene nada que perder. Ni siquiera el tiempo, ya que no puede hacer nada con él. Nadie contrataría a un ejemplar semejante para atender a los clientes de su tienda ni para ajustar las piezas de un motor. De modo que puede pasar dos horas, tres, delante de mi puerta, hasta que vuelva a anochecer. Nadie espera su llegada en ningún sitio. Y ¿entonces? ¿Qué puedo hacer yo sino abrir y decirle que me deje en paz? A veces con desesperación. A veces con ira. Le repito que no le voy a dar mi dinero para que lo pierda por ahí. Que no le voy a dejar pasar para que me ensucie el suelo de los pasillos de barro y deje ese olor a enfermo que despide a distancia. Que no quiero prestarle ningún libro ni dejar que repose unos momentos en el salón. Solo si me pide comida vuelvo a cerrar y regreso después para darle algo de lo que nos sobró de la cena. Pero nada más. Porque me molesta que venga todos los días para enseñarme la misma cara sonriente que deja caer sobre el dorso de su propio cuerpo con la intención de parecer un perro arrepentido tras un arañazo o un mordisco, y despertar en mí algún sentimiento de lástima. Ese tono servicial y complaciente me exaspera. Lo destroza todo. Los seres salvajes no han nacido para ser felices y se lo repito cada vez que me suplica que no cierre la puerta. También sé que debo controlar la rabia y el odio, las pasiones destructivas e improductivas que se apoderan de mí cada vez que le veo, a pesar de que parezca que hemos pactado una tregua y a pesar de que parezca que hemos aceptado las condiciones que deben darse a nuestro alrededor para estar tranquilos. He de controlarme, así que no grito ni aviso a los leñadores aunque sea lo único que realmente desee hacer. Las fieras han de trabajar al menos cinco días a la semana y tener una o dos jornadas de descanso para volver cada lunes a retomar sus obligaciones con cierto agrado. Han de considerar que su paso por esta tierra es transitorio y que lo mejor que pueden hacer por

los demás es dejar algo útil tras de sí: un hijo, una fábrica, un recuerdo feliz. Y estas cosas solo se consiguen con buena voluntad y con un esfuerzo continuado. Sí, esfuerzo... La palabra más significativa que conozco. El esfuerzo de levantarse todos los días con el sol para observar, a través del mosquitero, cómo los coches siguen circulando espaciadamente por la carretera. El esfuerzo de preparar plato tras plato para mantener la máquina en funcionamiento. Pero él pretende entrar en esta casa, devorarme, y luego tenderse para esperar a que llegue aquella a quien yo más quiero y devorarla también. ¿Por qué sonríes? ¿Es que no te das cuenta de que te estoy observando? Tus gestos, tus apetitos. Estoy al tanto de la estrategia que te trae hasta aquí. Y no voy a salir al exterior cuando te estés marchando ni voy a ir tras de ti tal y como estoy, sin impermeable, sin guantes ni bufanda. No voy a correr ni voy a pedirte que entres en esta casa. «Quédate hoy. Come con nosotras.» Con el viento azotándonos a la vez, viendo cómo te giras con incredulidad al principio, con una enorme satisfacción inmediatamente después y una extraña mueca en los labios. No vas a hacerlo porque no te lo voy a pedir ni voy a ayudarte ni te voy a invitar a que te metas en mi habitación bajo la excusa de que no tienes más pretensión que la de ayudar. No quiero seguir afirmando ni servir a un amo. Así que puedes largarte.

«Sonríe —pienso—. Sí. Sonríe todo lo que quieras, alimaña. Suplica y muéstrate amable. Llama a mi puerta diez veces, veinte veces, que no vas a conseguir nada.»

«¡Voy a entrar!», quizá llegues a gritar tú.

Entrar, entrar..., pienso yo. Puede que de repente notes sobre tu lomo de largo pelo la mano del leñador mayor y puede que lo que escuches a continuación sea su voz: «¿Qué crees que estás haciendo, amigo? —poniendo de manifiesto la atávica fuerza de nuestra hermandad—. No puedes estar aquí. Tú no». Y esa imposibilidad aumentará tu deseo de acecharnos. Tu propósito de entrar para dejar, por fin, de dar vueltas en torno al mismo recinto. Siempre el mismo suelo y el mismo color de las paredes. Tus pezuñas caminando en círculo.

VIDA EN COLONIAS

El ruido de los motores, los pasos de los viajeros. Vendían café en un puesto cercano y el olor que se esparcía por la estación le resultó desconcertante. No desagradable, pero tampoco amable. Con su propio lenguaje, que se dirigía directamente a la esfera de la emoción sin haber pasado previamente por la del pensamiento, mucho más alentadora y mucho más controlable, parecía insistir en que la nostalgia y la infelicidad eran los estados del ánimo más arraigados en su carácter, e hizo que se viera de nuevo en su casa y, a la vez, tan apartada. Contemplando el espacio que había recorrido y el que aún le faltaba por recorrer. Condensando la necesidad de estar lejos y, al tiempo, la certeza de no haberse movido del sitio en el que había estado siempre.

El estruendo de los motores y el humo que expulsaban los tubos de escape. Todo iba a chocar contra ella. Se pasó los dedos por los ojos y se cubrió la boca con el cuello de la camiseta antes de volver a comprobar que el número que figuraba en el cartón colocado en el parabrisas del autobús que tenía justo delante y el número que constaba en su billete eran el mismo. Había dejado en el suelo sus dos bolsas de viaje y ahora esperaba la llegada de Jermo con la idea repetida de que sería fatal que no apareciera a tiempo. Él era compasivo y benévolo, pero también imprevisible. Y quizá no llegara. Con esa manera suya de hacer las cosas. Esa manera de poner en práctica sus ritos. La tremenda importancia que les daba y, al tiempo, cómo los rodeaba de una absoluta insustancialidad.

Seguía mordiéndose la tela del cuello de la camiseta con los labios apretados, y volvió la cabeza hacia la entrada. Con una intranquilidad creciente, vio que cada vez había más gente a su lado. Más cuerpos idénticos y amontonados frente al quiosco de prensa. En la sala de espera. Cerca de la cafetería y en la barra en que vendían los bocadillos. Cuando la figura de su hermano apuntara en la distancia, tan alto y firme al caminar, con su teoría del Hombre Exacto brotando de él, resultaría imposible no captar su presencia. No advertir que estaba cerca, dispuesto a subirse al autobús con ella y a alejarse de todo lo que pudiera representar una Falta de Significado.

Una propensión a la Confusión.

Pero no llegaba.

Habían mantenido larguísimas charlas por teléfono para prepararlo todo. Él escondido en el rincón más extremo del pasillo de su casa, tirando del cable del teléfono para que Martina no se enterara de lo que hablaba, y ella también en un pasillo, el de la residencia, asintiendo ante sus planes y respondiendo en voz baja por mera educación, ya que las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas y a nadie le importaba lo que ella pudiera decir por teléfono, por escrito o subida a una barca en medio de un lago.

Camisetas de colores. Pantalones largos. Pantalones cortos. Enormes cabezas de pelo rizado y cabezas estiradas de pelo largo. Había quien llevaba más de una bolsa encima, como ella, y gafas de sol que desaparecían en la penumbra de un vestíbulo que, al entrar, parecía más oscuro de lo que en realidad era: a los ojos les costaba acostumbrarse a las sombras tras la brillantísima luz que en el exterior evidenciaba que ya estaban en junio. Su hermano le había hablado de lo esencial que sería aquel regreso a lo Básico. A lo Primitivo y lo Original. Y ella trataba de imaginar el poder de veinte mil personas reunidas durante una semana en un mismo lugar. Quizá pudiera medirse en vatios aquella energía, con el impulso de los niños cantando y marchando en corros, los gritos de bienvenida de cientos de gargantas, las saunas ceremoniales para la purificación, los ejercicios de autoconciencia y las conversaciones acerca de la actividad humana, el propósito de la existencia, de lo que es lo Bueno, en presencia de lo Natural. Edén. Vergeles y edén. Acompañados de la Gran Madre. La gran diosa. Y la Oración. El Recogimiento. Los rezos, que no consistían en pedir ayuda ni en solicitar favores, sino en dar. En Ofrecer y repartir devoción sin exigir nada a cambio. Sin aspirar a compensación alguna. Las Súplicas, pronunciadas en voz alta o repetidas en el silencio de cada individuo, no debían esperar ser satisfechas. Vivir en la Oración significaba saberse partícipe de un extraordinario estado de la existencia, y centrarse en semejante significado solo podía derivar en la anulación de la tristeza. En la entrega a una voluntad superior. La razón y la bondad infinitas. En el desprendimiento de lo terrenal y la aceptación de los designios de la autoridad máxima que, en su indulgencia, sabría qué hacer con ellos, pobres espíritus sin rumbo. Pobres organismos conscientes de su condición mortal y falible.

Su hermano le había dicho que sería imposible caer en el desánimo si se consideraba que todo lo que debía hacerse durante el efímero acontecer individual se condensaba en dar lo que se tenía. En desprenderse de los bienes tangibles. Ella se había sentado en un banco de madera intentando controlar los nervios mientras le esperaba, dejando que las manos le colgaran desde las rodillas hacia las bolsas, repitiéndose que, precisamente por aquel desposeimiento, no tenía que haber preparado dos. Con una habría sido más que suficiente y se estaba dando cuenta muy tarde. Llevaba demasiado equipaje. Su hermano iba a pensar que era boba. Que no tenía contacto con la realidad y que no tenía ni idea de cómo era el jardín, el paraíso, al que se dirigían. Había llenado dos bolsas cuando no necesitarían tanta ropa ni tantos libros ni tantos productos de aseo porque allí todo iba a ser comunal y compartido, y lo superfluo parecería mucho más excesivo e innecesario que en ninguna otra parte.

Trataría de explicarle que en su propia habitación, ante la necesidad de elegir unas cuantas cosas y desprenderse de otras, se había visto incapaz de abandonar nada.

Sus fotos. Sus cartas. Sus libros. Sus cintas de música. Y el collar del perro, aunque el perro ya no estuviera.

El conductor del autobús estaba abriendo la puerta del maletero, y algunos viajeros empezaban a dejar bolsos y mochilas en el interior. Uno de ellos la saludó con la mano cuando sus miradas se cruzaron, y ella apartó los ojos de inmediato. ¿Dónde estaba Jermo? ¿Por qué no llegaba?

Volvió a girar la cabeza en dirección a la entrada.

—Esperas a alguien.

No era una pregunta. La rapidez con que el autor del saludo se le acercó hizo que se pusiera de pie y se echara a un lado.

—Sí —dijo.

—¿Alguien importante?

Ella se agachó para recoger sus bolsas. No respondió.

—No te va a pasar nada. Yo he ido otros años y sé cómo funciona. Allí todo es real y natural. Puedes ir sola. Aunque él no venga.

Irían juntos si su hermano aparecía. Así de fácil.

Y hablarían de que el tiempo no transcurría siempre de la misma manera y de que a veces las horas decidían mantenerse en el mismo cuadrante, marcando el mismo ángulo, sin avanzar ni ofrecer ningún alivio a los individuos que hubieran aceptado la convención de que transitaban sobre la base plana y redonda de un reloj, obedeciendo al depurado mecanismo de sus ruedecillas. Podrían hablar de eso, del paso del tiempo. De cómo les había tratado a cada uno de ellos.

Se fijó en que el chico que volvía a preguntarle algo a lo que tampoco iba a responder llevaba las zapatillas rotas, de modo que los dedos le asomaban por los agujeros de la tela. Y su hermano no llegaba. Afortunadamente, quien sí llegó fue una mujer que llevaba un vestido rematado con flecos rosas que le caían hasta los tobillos, y que se les acercó para abrazarse a la cintura del chico después de declarar «Yo también he leído *El doctor Jekyll y mister Hyde*» como una contraseña. Los dos se dirigieron al grupo de viajeros sin decirle nada más, sin despedirse. Subieron uno tras otro los dos peldaños del autobús, como estaban haciendo ya todos los demás, y desaparecieron.

Ella volvió a sentarse. Dejó caer los brazos en la misma actitud de antes, con la misma dejadez solo aparente, notando cómo le temblaban las manos, cómo le crecía una agitación en las piernas que no le permitía concentrarse ni descansar, y se obligó a recordar que Jermo le había dicho que su sueño, lo que quería hacer, se resumía en poder tumbarse en la hierba y respirar. Notar las briznas entre los dedos. Cerrar los ojos. Deshacerse de sus propias dudas y de sus miedos. Eso era lo que quería. Y para eso tenía que dejar a Martina y al niño solos unos cuantos días e ir con ella al encuentro. También le había dicho que la gente solía enmascarar su cobardía tras un carácter bueno y dócil, pero que él no podía seguir así. No podía seguir mintiendo más. En su casa no quedaba nada emocionante ni inesperado ni prodigioso por descubrir. Martina estaba enfadada, apenas se hablaban, y el niño no dejaba de llorar. Lloraba a todas horas. En cambio, su grandeza sería nueva y luminosa en el lugar al que irían en ese autobús. Y ella ya lo había arreglado todo. Después de calcular durante semanas cuál sería la manera más rápida y más conveniente para salir de la residencia sin armar escándalos y sin preocupar a nadie, decidió escribirle una carta a la directora en la que le aclaraba que debía ausentarse para estar con su hermano. Un hermano que le había reiterado que la energía no estaba entre ellos para dejarse ir ni para dejarse perder, y que la vida consistía en desarrollar una marcha paralela a la propia del tiempo. De todas maneras, no tenía que dar explicaciones. A nadie. Tampoco a aquel extraño que llevaba las zapatillas rotas. Lo que tenía que hacer era liberarse y acceder. A que la insolencia del viento le barrierá el pelo. A que el roce de una mano desconocida le inflamara la piel del cuello. A que los dedos se le hundieran en la suavidad del lomo de un perro que no sería el suyo. Ir al baño de la estación y lavarse la cara antes de empezar el viaje. Aunque no podía apartarse del autobús. Habían quedado en aquella planta y en aquel acceso, que podía verse desde las taquillas, y él tenía que distinguirla en cuanto llegara. En cuanto pusiera un pie en la estación. Abrazarla y

sonreír ante ella. Con toda la seguridad de sus convicciones. «Solo la tierra te salvará», le había dicho por teléfono en su última conversación, hacía dos días.

Así que se quedó en el mismo sitio, sin saber qué más hacer.

Qué más.

Su hermano le diría que tenía que confiar. Eso era lo que tenía que intentar. Confiar y comprender que en unos minutos, cuando él apareciera por fin y los dos se acomodaran en sus respectivos asientos del autobús, podrían entregarse al disfrute. Al simple disfrute de cada instante y de las cosas. ¿Cómo actuar para que aquella admiración no se extinguiera? Para que no se perdiera en su propia excelencia y no se transformara en una indiferencia que pudiera llevar al desinterés, al alejamiento. No quería distanciarse de lo que tendría entonces ante sí. La luz. El brillo de lo nuevo. Lo que estaba brotando y aún perduraría unos días antes de agostarse y perder toda frescura porque ese verde y ese esplendor no resistirían el peso del sol. La altura de las plantas y la hierba. La curvatura de los rosales y el ofrecimiento abierto de cada flor. Las hojas de los manzanos. Las hojas de los almendros. Todo aquel tiempo invertido en la contemplación ¿sería un tiempo ganado? Esa apreciación de cada brizna, de cada aleteo, ¿era algo valioso? ¿Podía medirse? ¿Tasarse en utilidad?

Él le explicaría por qué se había retrasado, y ella le diría que no se preocupara. Que no tenía importancia ahora que ya estaba allí. No obstante, la situación se planteó de una forma mucho más anodina. Sin disculpas ni abrazos. Sin que Jermo se presentara como un humano excelente surgiendo de entre las columnas de humanos comunes. No emergió de la confusión de cuerpos ni parecía llevar escrita en la cara la palabra Pausa. Sencillamente se sentó a su lado, subió las piernas al banco y las cruzó. Se quitó los zapatos y empezó a frotarse los pies mientras giraba lentamente la cabeza para mirar a su hermana con una sonrisa.

—¡Vaya! —exclamó ella al verle—. Has llegado. ¿No llevas nada?

—Parece que ya llevas tú lo suficiente para los dos —dijo él inclinándose y observando más de cerca las bolsas—. ¿No habrás metido ahí tu máquina de escribir?

Ella se echó a reír.

—Qué ocurrencia.

—No me extrañaría.

—¿Nos vamos?

Él no se movió. Siguió tocándose los pies sin dejar de mirarla con los ojos muy abiertos. Sonriendo.

—No has cambiado. Sigues con esa cara de topo. Y las mismas pecas. Estoy seguro de que no has perdido ni una. ¿Tienes novio?

—Qué pregunta... Vámonos. El autobús está a punto de marcharse.

—¿Has comprado los billetes?

—Claro.

—Claro. Siempre tan eficaz. Tan previsora. Y tan puntual. No esperaba menos de ti, pequeña Leo.

Pequeña Leo. Ya nadie la llamaba así excepto Jermo. Que estaba otra vez a su lado y que recordaba aquel nombre que también utilizaba su padre, cuando se le acercaba con cuidado y decía: «Leo... Ven. Vamos a cenar». Sin gritar. Sin estrépito. Aproximándose a ella antes de hablar y así, de esa forma tan sobria, extraordinariamente amable, mantener la calma que tanto

necesitaban los dos. Leo... Una palabra tan querida por ella, que no esperó más: se puso de pie y recogió las bolsas para cargárselas a la espalda y caminar hacia el autobús. Era gracioso aquel sonido lleno de briznas de hierba. Como las briznas que quería acariciar su hermano. Puntiagudas y esbeltas como una l.

—Escucha. Siéntate otra vez, anda. Tengo que contarte algo. Las cosas nunca son perfectas.

Ella dejó de sonreír y regresó al banco.

—¿Qué vas a decirme? ¿Que no vienes?

Su hermano bajó los pies al suelo y se puso los zapatos. Torpemente, sin emplear las manos.

—No puedo. No voy a dejar a Martina ahora, sola con el niño. Se ha puesto enfermo.

—Ya.

—Pero he pensado que, ya que estás aquí, y ya que te has traído todas tus cosas, podrías venir a pasar unos días con nosotros. A casa. Con Mateo, que no te conoce.

Ella no miraba ya a su hermano. No quería ver sus propias pecas en su piel ni el mismo color avellana en unos ojos que la observaban con expectación.

—¿No es un buen plan?

¿Un buen plan?

—No sé. Martina estará ocupada. Con el niño malo... No creo que tenga ganas de verme. Y menos aún de meterme en su casa.

—La casa es de los dos. Y claro que quiere verte.

Así que esa era la única verdad. No iba a ir con ella. Podía poner todas las excusas que quisiera y adornar su decisión con todos los argumentos del mundo. No iba a ir con ella.

—Solo son unos días. ¿Por qué no podemos hacerlo? Seguir con lo que habíamos previsto.

—No hay tanta diferencia entre aquí y allí, Leo.

—¿Y eso me lo dices tú? ¿Ahora?

—No puedo decirte mucho más.

Ella había dormido en el asiento de un tren la noche anterior. Había pasado frío a pesar de estar en verano, y esa misma mañana se había despertado con unos ruidos procedentes del otro lado de la puerta de su compartimento. Estaba amaneciendo y al principio, rodeada de un olor ácido que transmitía reposo y despreocupación, quiso mirar por la ventana. O volver a dormir. Sabía que algo la había asustado, pero se vio incapaz de identificar los sonidos del pasillo que, a juzgar por el comportamiento de los otros, que seguían durmiendo, solo le llegaban a ella. Fue un poco más tarde, al prestar atención, cuando se dio cuenta de que dos ancianos estaban peleándose junto a la puerta. Un hombre y una mujer que no dejaban de empujarse mientras se insultaban. Y era el cuerpo de cualquiera de ellos, al chocar contra el cristal, lo que provocaba los sonidos continuados que la habían despertado tan temprano. No podía descifrar lo que se decían, y tampoco quería escucharles. No quería descubrir sus caras, desdibujadas más allá de la cortinilla que cubría la entrada al compartimento, ni la convulsión de sus rostros. La crispación tan hipnótica de sus gestos mientras parecían agonizar. No obstante, la violencia resultaba incontenible y no pudo dejar de fijarse en esos dos ancianos que no cedían. Que no desfallecían ni cesaban en su manera de increparse. De vociferar y gruñir. Casi rugiendo. Como dos tiranos. Inmediatamente pudo ver que la mujer alzaba un brazo para darle un puñetazo al hombre, aunque no pareciera querer dirigirlo a ningún lugar especial. Un manotazo lanzado al aire. Ella jamás le había pegado un puñetazo a nadie. Ni un bofetón. Ni siquiera un empujón. Nunca se había

precipitado contra otra persona con esa brusquedad y esa ira.

—¿Te acuerdas de nuestro primer viaje con papá? —le estaba preguntando Jermo—. Te levantaste tres horas antes. Y estuviste todo el día aferrada al folleto de los horarios del tren. ¿Te acuerdas? No lo soltaste hasta que llegamos al hotel.

Se acordaba. Y de la suavísima moqueta verde. Como también era verde el papel de las paredes de su habitación. Se acordaba perfectamente. Y de cómo el sol le entrecerraba los ojos y los hacía lagrimear. Lo recordaba. Ella siempre había vivido en un proceso de esfuerzo y buenos resultados, con el correspondiente fin del esfuerzo. Había estudiado para los exámenes, había perseverado y había aprobado los exámenes. Se había propuesto hacer unas prácticas, se había entregado a ellas durante meses y había terminado las prácticas. Pero aquello era distinto. No existía una relación de esfuerzo-resultado en la negativa de su hermano. No había una fecha concreta en la que él pudiera cambiar de opinión y decidiera emprender ese nuevo viaje con ella. La comprensión era imposible. Daba lo mismo que se hubiera esforzado día tras día. Que le hubiera escrito su carta a la directora de la residencia. Que hubiera estado atenta, dispuesta. El desenlace no tenía nada que ver con lo esperado. Y al llegar a esa conclusión, junto a su hermano, notó cómo iba reapareciendo el temblor. Un temblor paralizante que le nacía en el estómago y que se le desarrollaba en el pecho, oprimiéndolo e impidiendo una respiración normal. Un temblor que podía hacer que un ser bueno se convirtiera en un ser diferente. Oyó gritos a su espalda y rememoró la pelea de los dos ancianos. Pero estos chillidos venían acompañados de carcajadas, y supo que llegaban más viajeros, justo al límite. No fue necesario volver la cabeza para entender que corrían arrastrando sus bolsas, haciéndole señas al conductor para que no se fuera. Y, mientras, los otros, los que ya habían subido al autobús, los que no tenían dudas ni alzaban ante sí muros insalvables que los separaran de la satisfacción y la alegría, dedicaban sus minutos de espera a la contemplación del extraño proceder de aquellos hermanos que no se miraban, que no se movían, y que no parecían darse cuenta de que debían huir, como todos ellos, de las debilidades y los perjuicios de la vida metropolitana.

Allí inmóvil, junto a un Jermo que parecía haberse olvidado de la Bella Naturaleza para concentrarse en el pragmatismo de lo cotidiano, se preguntó cómo sería estar a ese otro lado, ser como él. Disponer de esa fuerza y ese dominio. Esa seguridad que le llevaba a pronunciar una frase como aquella ante alguien que llevaba horas aguardando su llegada: «No puedo decirte mucho más». Y empezar a sacar de un bolsillo las llaves del coche para seguir adelante con sus planes después de haber dejado bien claro que él se retiraba, que renunciaba al hallazgo de lo Puro. Con semejante templanza y sin remordimientos. Con la certeza de que la tolerancia y el perdón caerían sobre él porque él era un ser amado como a nadie más se amaba en el mundo. Con el convencimiento de que nunca podría formular frases desdeñosas ni resultar despectivo, y de que todas las horas que se pasasen a su lado contarían como horas bien empleadas. ¿Cómo sería tener la magnífica capacidad de hacer siempre lo que se debía? Hacer siempre lo correcto. Sin herir ni decepcionar.

Con la prerrogativa de no ofender jamás.

—¿Qué? ¿Nos vamos?

Ella le echó un último vistazo al autobús. Los viajeros se movían en su interior con sus ropas de colores brillantes, sus cintas en el pelo y sus expresiones radiantes de vivaces individuos que pronto estarían rodeados de miel. Como abejas en busca del néctar de las flores, felizmente

asequible para que lo libaran todos juntos. El polen que se quedaría adherido a los pelillos de sus patas sin que ni Jermo ni ella se encontraran allí para garantizarse su parte del banquete. Porque sus planes no significaban nada. Sus ideas acerca de la Naturaleza y la Comuni3n con lo Absoluto no significaban nada. Sus teorías no implicaban ningún avance sino, al contrario, un nuevo estancamiento en la obligaci3n y en la fantasía de una placidez familiar idealizada. Plagada de dependencias. Todas sus nobles abstracciones eran irrealizables. Todos sus ensayos de libertad iban a caer en la rutina y en lo tradicional. Lo uniforme. Volvió a mirarle y comprobó una vez más que había heredado el perfil de su padre.

—¿Qué le pasa a Mateo?

Jermo cogió las dos bolsas del suelo y empezó a andar asegurándose de que ella le seguía.

—Llora mucho.

Al fin y al cabo, la vida de las abejas también era una vida de esclavitud.

Y a ella le gustaba dejarse convencer por los razonamientos de su hermano. Le gustaba que le alborotara el pelo con los dedos y que le diera golpecitos cómplices con el codo. Poner vasos y recoger vasos. Servir el café. ¿Azúcar? ¿Leche? Con las mejillas rosadas y la nariz brillante. Deseaba que Jermo supiera a todas horas que ella existía. Deseaba captar su atenci3n y ser capaz de mantener el tono de sus conversaciones durante horas. Igual que un perro ansía su hueso. Consciente de que no podría hacerle daño de ningún modo. Así que fue detrás de él arrastrando los pies. Aún les esperaba un largo trayecto de regreso a su casa.

RECAPTACIÓN

La luz fue una cuestión esencial desde el principio. Debía tener luz a todas horas o, al menos, siempre que la necesitara. Cuando accionara un interruptor, en cualquier momento del día o de la noche, la luz debía surgir de inmediato, sin un titubeo. Sin que existiera la mínima posibilidad de una oscuridad continuada y, peor aún, forzosa. Y el silencio. También el silencio era imprescindible. La comida, el agua, las mantas y los libros, la ropa de abrigo o las plantas parecían exigencias tan primarias que decidieron no incluirlas en la lista de necesidades. Era evidente que debía comer y beber. Pero no para todos los integrantes del laboratorio resultaba tan obvio que cualquier ruido imprevisto podía mandar al traste en un segundo la totalidad del programa.

Aún no había empezado a nevar, pero pronto caerían los primeros copos. En cuestión de horas. A las dos y veinte de la mañana. En ese instante, el paisaje que hasta entonces había consistido en una insondable extensión de tierra árida y desnutrida, una tierra infértil incapaz de proporcionar alimento, comenzaría a transformarse en una desoladora cara blanca sin límites. Desde las enormes ventanas, todo lo que vería Elisa a partir de la madrugada del día 15 sería el perfil poco delimitado de un horizonte indescifrable. Y allí estaría ella, encerrada. El segundo movimiento de la sonata en si bemol mayor D 960 de Schubert para piano, y ella. Dos dormitorios. Una cocina. Un amplio salón. Cuatro jardines. Espacios para el paseo, y un circuito interior que rodeaba el edificio y por el que podría correr siempre que deseara hacerlo. Esos iban a ser los elementos que constituirían su hogar durante unos meses. Y allí se comportaría como una persona normal. Allí tomaría desayunos nutritivos y cenas frugales sin meterse con nadie. Sin sentirse muy presionada. Sin emprender acciones que no llevaban a ningún sitio y sin que le sucedieran cosas que quedaban lejos de su comprensión y de su control.

Los primeros incidentes fueron tan complicados como habían supuesto. Los niveles se dispararon y aparecieron las pastillas. Preferiría estar sola, lo hizo saber, y los observadores se mantuvieron a distancia, reclusos en las dos plantas inferiores del edificio, sin cruzarse con ella. Desde allí vigilaban, ensayaban, cotejaban y prescribían las dosis. Si Elisa, tapada con una manta, protegida hasta los hombros, se abandonaba indolente a la cómoda hospitalidad de su butaca, tal vez comían. Si Elisa comenzaba a tiritar y a rescatar lo que había al otro lado de la línea que separaba lo afable y lo sencillo de lo imposible, lo tranquilo de lo pesado y frío, entonces se levantaban y seleccionaban los comprimidos, conscientes de que esa destructiva energía capaz de propiciar los actos más ilógicos se convertiría, tras unos segundos, en desmayo, aunque conscientes también de que el trastorno pasaría. La tensión bajaría. La huésped del entorno

vigilado se sosegaría con el tratamiento, y descubriría lo delicioso y conveniente que resultaba quitarse el malestar de encima. Deshacerse de su tendencia al forcejeo. Dejar de analizar cada gesto, cada respiración, y eliminar las dudas y reflexiones acerca del pensamiento puramente crítico de aquellos que se situaban en lo alto del estrado y apuntaban en la pizarra los defectos de los niños que mostraban peculiaridades no demasiado alegres. Niños que no asentían ante todo, que no respondían a las preguntas, que no eran especialmente guapos ni especialmente graciosos. Niños que llegaban a una madurez prematura y que solo deseaban —y creían que no era desear demasiado— quedarse en casa sin que nadie se atreviera a murmurar.

En eso consistía la rutina medicada: en hacer que se anularan los episodios. Con sus estremecimientos.

En las plantas inferiores estaban al tanto de cómo se desarrollaba el original mecanismo de las sacudidas. Su comportamiento. Era sencillo evaluar las tácticas del ser estudiado, cambiantes en función de los múltiples niveles por los que fueran transcurriendo los ciclos del miedo. Y sus distintas intensidades. Lo habitual era una súbita falta de aire ante la imposibilidad de respirar con naturalidad. En el estado más básico, al principio del proceso, el sujeto llamado Elisa no se movía. Parecía preferir no rozarse siquiera y simplemente atender a lo que le estaba ocurriendo. Resguardarse y compararse con estados anteriores. ¿Podría estar mejor? En algún momento de su vida había estado mejor. ¿Podría regresar a ese instante de su existencia en que había estado mejor? El tipo Elisa se quedaba a la espera. Con la ilusión de que la causa desapareciera por sí misma, sin su intervención. Pero aquel aplazamiento no solía terminar bien. De modo que pasaba a la siguiente etapa, en la que arrancaban los temblores. En esa fase ya no era tan fácil no moverse ni mantenerse inactiva sobre una superficie plana. La lucha se desarrollaba en su interior, formaba parte de su esencia, y ella comenzaba a actuar. Se levantaba. Caminaba. Al segundo volvía a sentarse. O a tumbarse. Con los labios apretados y las manos entrelazadas. La huésped vigilada lo intentaba, quedarse quieta. Pero la paz era imposible. Recordaba que su padre había querido que aprendiera a tocar el piano y que todo el mundo se obstinaba en declarar que el período idóneo para que dicha iniciación tuviera lugar era la infancia, los cuatro años de edad, cinco a lo sumo. Elisa empezó a los siete, y recordaba cómo su padre se apoyaba en el marco de la puerta y la observaba desde allí. Durante horas. Las horas que ella pasaba aprendiendo acordes, reconociendo tonos graves y tonos agudos, sonoridades alegres y sonoridades tristes. Elisa recordaba aquello. Y que antes dormía. Que antes podía mantenerse en silencio e inundarse de silencio. Que podía sonreír como sonríen los que saben lo que es la calma y los que la disfrutan y se acurrucan en ella. Pero ahora había perdido la apacibilidad y se resistía a someterse a la resignación, consciente como era de que la sacudida no iba a terminar jamás porque el terror estaba dentro, y no parecía servir de nada respirar acompasadamente ni frotarse los dedos con atención plena ni centrar la mirada en un punto del techo ni concentrarse en una palabra amable. El mundo se había convertido en un hueco y ella estaba metida en el hueco.

Los guardianes le dejaban notas. En ellas insistían en que tenía que descansar porque si no descansaba, la agitación sería aún mayor durante el día y la sensación de hundimiento crecería por la noche y su estado se iría haciendo cada vez más lamentable. La planificación del programa establecía con la mayor claridad una disciplina de actuación que, si se mantenía —y no había motivo para que no se mantuviese—, no permitiría que se cometiera ningún error ni que el plan concluyera en fracaso. Y el espécimen Elisa debía ser consciente de ello. Darían con la medida

adecuada de su dosis y ella podría presentarse en el exterior sabiendo qué bolso llevar, qué color preferir, qué impulsos obedecer a la hora de elegir plato en un restaurante y qué tono de voz sería el más adecuado cada vez que alguien se dirigiera a ella. Debía estar segura de que dispondría en todo momento del salvavidas apropiado. Como las demás personas custodiadas que recibían la combinación exacta de equilibrio y recompensa para dominar cada una de las desagradables sensaciones que subyugaban al conjunto de individuos pertenecientes a la variedad «frágil».

¿Qué más podía desear? Se relajaría tras los inhibidores y sería una hembra feliz. Cuando saliera del centro de observación y análisis y regresara a su vida diaria, iría y vendría por las habitaciones percibiendo que un orden sin fisuras reinaba en su casa. Al tanto de lo que sucedía en el sótano mientras se hallaba en la cocina, y vigilando, perfectamente regulada, la evolución de las plantas aunque no se ocupase de abonarlas durante los meses apropiados. Siempre sabría si había pan y queso en la despensa o si las oscuras pelusas que se formaban debajo de la cama podían seguir propagándose un día más o si ya no. Leería y decoraría las paredes con postales de Viena. Acariciaría a los pequeños animales y sacrificaría a los pequeños animales que hubieran crecido lo suficiente. Cultivaría, recogería y luego volvería a sembrar.

Una época acababa con otra época. Su vida anterior habría terminado y tendría que desprenderse de los gestos y las afirmaciones del pasado. Sin más singularidades. Sin más temblores ni más temor. De la mano de la madurez llegaba la diligencia, y Elisa tendría que poner todo su empeño en mostrar que ya poseía esa madurez. La indispensable para comportarse de una manera reflexiva y eficaz, sin saber precisar ante semejante conducta si su actitud era la de la sumisión absoluta o la de una indiferencia atroz.

LA NUBE

En el año 1973, recién estrenado el mes de octubre, una niña de seis años llegó a la región lacustre de Ganzat en compañía de su hermano mayor, Rogé, que iba a entregársela a sus padrinos: «Lo siento... —les dijo—. No tengo nada más que ofreceros». Los padrinos asintieron, y él se marchó sin mirar atrás, sin querer volver a ver el pálido rostro de su hermana, tan pálido que parecía casi transparente, ni el hatillo de ropa que había dejado a sus pies, donde escondía un libro que había sido de su padre y que tenía por título *Manual de plantas simples*.

Los padrinos pusieron cada uno una mano sobre los hombros de la niña y la dirigieron hacia el coche que iba a llevarlos a su residencia definitiva. La niebla se disiparía en el lugar en que los valles eran verdes y los cielos de un azul (quinto color del espectro solar) con una sola nube. Allí vivirían y allí aprendería la pequeña las tres reglas de oro para lograr sobrevivir en un mundo ajeno: primera, que no todo lo que flota es inmaterial; segunda, que también el sol se muestra en el ánimo; tercera, que se puede sentir una presencia a la espalda cuando ya no se espera.

La niña no hablaba mucho. Pasaba los días leyendo, elevando las cosas por encima de su naturaleza en aquella tierra lisa sin árboles, eliminando cualquier obstáculo que pudiera arrastrarla hacia el absurdo. Sin apenas abrir la boca, solo para comer y bostezar, y sin apenas responder a los estímulos del suave viento, situada bajo aquella única nube que era una filigrana de hilos soldados capaces de reflejar los colores de alrededor, del frío al cálido, y que le hacía sombra sobre la frente a modo de corona de espinas. No era tan buena rastreadora como otros, y cuando se instalaba ante sus padrinos, a veces, cuando volvía a mostrarse ante ellos, lo hacía como si estuviera paralizada. Algo impropio de su trascendencia y de su valor.

Ellos, por su parte, vivían ahora sin dejar de observarla, viendo cómo se comportaba, conscientes de su condición de protectores de uno de los niños poshumanos que buscaban las líneas en el cielo después de la catástrofe. Lo opuesto a lo físico. Que lo absorbían todo. El sugerente blanco de las flores con cinco pétalos y las masas compactas de verde entre las que asomaban. El color púrpura de los zapatitos del Señor. El aspecto carnoso de las ásperas y rugosas hojas de higuera que cubrieron la desnudez de Adán tras el pecado y bajo las que la loba amamantó a Rómulo y Remo. Esos niños que guardaban el conocimiento y que habían elegido, cada uno, su propia nube en un estado de gracia infinita.

UN MUNDO MUY PEQUEÑO

1

Los troncos de los árboles, altos y estrechos, casi pegados entre sí, se interponían en su avance. Eran abedules y, aunque en la espesura habría también otras especies, Ivan se permitía, de vez en cuando, dar unos pasos más cortos para observar únicamente la afilada estructura de aquellos árboles, con cortezas que podrían deshacerse en su quebradiza alternancia de blancos y negros tras un solo roce, y el verde del musgo que crecía sobre las piedras y que escondía una vida oscura, inapreciable a primera vista, aunque espléndida cuando uno se detenía a estudiarla más de cerca. Había multitud de escarabajos e insectos allí abajo. En el cielo, por encima de sus cabezas, los estorninos se posaban sobre las ramas más altas. Y, en medio, entre lo más alto y lo más bajo, su grupo seguía caminando con los pies entumecidos, incapaces de librarse de la nieve que aún quedaba en el suelo, discontinua y perforada por una lluvia que no había dejado de caer desde primeras horas del día. Constituían una partida silenciosa: tres hombres y una mujer, que habían ido esa mañana hasta el apeadero para esperar el tren procedente de Moscú, y él mismo, Ivan Grigorevitch, que procuraba no demorarse mucho ya que los demás no lo hacían en absoluto, acostumbrados como estaban a esos parajes. Se habían presentado al verle, le habían dicho sus nombres, pero él solo recordaba el de la mujer, Sarah. De todas maneras, el olvido no le preocupaba ya que estaba seguro de que cuando llegaran a la comunidad, después de dejarle en su cabaña, no volvería a saber nada de ellos. De ninguno.

Habían comido repollo hervido en una dacha situada en los límites del bosque, y también allí tomaron el té. Los guardeses no hablaron mucho. Se limitaron a servir los platos y luego la infusión en una habitación húmeda y mal ventilada, a bajar la cabeza mientras bendecían la mesa, a sonreír, y a despedirles más tarde en la puerta frontal para ver, tal vez con alivio, cómo se alejaban sus rotundas espaldas, recortadas en el horizonte de árboles. Ivan tampoco habló. Mientras se ponía un poco de aceite en un pedazo de pan de centeno, no pudo evitar acordarse de la casa que había sido de sus abuelos y que pasó luego a sus padres, pero que jamás sería suya. Un recuerdo breve, abortado por su propia voluntad, que no perseveró. Porque no iba a pensar en el Ivan anterior ni en las posesiones anteriores ni en lo que podía haber sido suyo y no lo era. En ese momento debía centrarse en lo esencial, en lo que estaba por venir, y no en el pasado. Afrontar su condición de legítimo integrante de una comunidad fundada por hombres y mujeres buenos y

laboriosos.

En eso debía pensar.

Sin embargo, horas antes, al bajar del tren y ver las caras de quienes le esperaban en un apeadero casi invisible que nadie excepto él parecía haber usado en años, al percibir su austera disposición que se le antojó afable solo en la superficie, sintió deseos de retroceder. Quiso volver a subir, seguir viaje hasta la siguiente estación y, una vez allí, tomar el primer tren de regreso a Moscú. Sí. Renunciar. Darles la razón a quienes se habían quedado en casa, y afirmar con ellos que era un loco, un idealista, un petimetre confuso arrastrado por las corrientes estéticas y filosóficas de la época, un hijo de patrón que no valoraba la importancia de una estufa en la salita, unas ventanas bien cerradas, un hogar protegido, cálido, a salvo de las crudísimas bajas temperaturas del invierno, una comida servida en la vajilla nueva, y una caja de puros que ofrecer en las reuniones celebradas en el salón. El joven e inmaduro Ivan Grigorevitch estaba a punto de malograr su carrera, de destrozarse el corazón de sus entregados padres. Iba a desaprovechar cualquier posibilidad de un matrimonio feliz y una vida conyugal bendecida por la respetable sociedad que adquiriría sus sombreros en los nuevos grandes almacenes de la ciudad... ¿Cómo podía obrar de aquella manera? Recogiendo su bolsa y saludando lacónicamente a los guías que le llevarían hacia una de las pocas colonias tolstoianas que el propio Lev Nikoláievich había aprobado antes de morir, donde se dedicaría al estudio y a la contemplación. Eso era lo único importante. Todos los temores y recelos eran fruto de su desconfianza de principiante y del desconocimiento. Las protestas de un alma enferma que estaba a punto de encontrar su sanación.

2

—Os presento a Ivan Grigorevitch Greff. Va a estar con nosotros un tiempo, y se alojará en la cabaña vieja. Ha venido a meditar y a escribir. Démosle la bienvenida.

La bienvenida consistió en un par de escuetas sonrisas que pronto desaparecieron para dar paso a simples miradas de curiosidad, y alguna mano que se elevó hacia él en señal de aceptación. Un hombre llamado Nikolai recogió su bolsa del suelo y le dijo que le siguiera. Aún no había llegado a su verdadero destino. La cabaña estaba situada a poco menos de un kilómetro de la zona medular del poblado, donde las casas se repartían en torno al edificio central.

—Llevo tu bolsa porque es lo que quiero hacer. Ese es mi deseo —dijo Nikolai mientras avanzaban por una zona de abedules aún más espesa que la anterior—. Nadie me lo ha pedido y nadie me lo impone. Tampoco yo permitiría que lo hicieran. Aquí no hay sirvientes.

Hasta él llegaban los susurros del arroyo que discurría por un cauce cercano a las tiendas blancas en que dormían algunos miembros de la comunidad.

—No he venido para que me sirvan. Si hubiera querido eso, me habría quedado en la casa de mi padre.

—¿A qué has venido, entonces?

Ivan miró al suelo.

—Ya lo has oído. A pensar y a escribir lo que pienso.

—¿Y esa va a ser tu aportación? ¿No harás zapatos ni coserás ropa ni te encargarás de cocinar? ¿No acarrearás agua ni recogerás leña? ¿Solo pensar?

—Eso es. Solo pensar.

Hojear libros y considerar que su cuerpo ocupaba un espacio en medio de todas las cosas, como un astro o un planeta. Que también él residía bajo la bóveda celeste como un elemento sólido, coexistiendo con el resto de la materia cósmica, luminosa o no, de contorno preciso o impreciso. Era importante saber interpretar lo que fuera que se tuviese delante, y él pretendía fusionar aquel concepto con el cristianismo tolstoiano, con las teorías del amor y la perfecta compasión.

—Bien. En ese caso tendrás que esforzarte y pensar mucho. Redimirte con el pensamiento.

—Redírmeme.

Mientras repetía la palabra, Ivan miró al cielo. La solidez de la atmósfera cargada de lluvia empezaría a debilitarse pronto y a retirarse ante el avance de la somnolienta mansedumbre del gris casi nocturno que precedería al negro plenamente nocturno. Se haría de noche y él estaría solo en el interior de una cabaña fría, sin sirvientes. Sin nadie que le preparase la cena ni le trajera el samovar.

—Eso es. Trabajar y concentrarte en el trabajo. Pasear y concentrarte en el paseo. Alimentarte y concentrarte en lo que comes para acabar con tu propio suplicio personal o tu descontento. Tienes los orígenes que tienes y habrá que limpiarlos.

—¿Limpiar mis orígenes? Jamás me lo habría planteado. No sé por qué habría de sentirme apesadumbrado por la fortuna de mi padre. También Lev Nikoláyevich nació en el seno de una familia adinerada.

—Porque es una fortuna que les han robado a otros. Lev Nikoláyevich se avergonzó del lujo que veía en su casa, tan opuesto a la miseria de los campesinos, y quiso dárselo todo a los pobres.

—¿Y crees que debemos ser como él? ¿Deberíamos dejarnos crecer la barba? ¿Echarle todo tipo de mejunjes para volverla blanca? ¿Ir frunciendo el ceño y dedicarnos a la literatura?

Ivan vio cómo su acompañante abría la boca antes de girarse hacia él y responder:

—Mira. Por allí van Andrei y Alexandra. Él es el profesor. Vendrá pronto a verte. Tal vez mañana. Con él podrás hablar. Y ella atiende a los animales. Si se lo pides, te entregará un cachorro al que podrás cuidar. Un hermoso perro... Además, pronto dejará que salgan las aves para que correen por ahí.

—¿Y tú, Nikolai? ¿Qué haces aquí?

—Yo cometí un pecado. Hace años. Pasé meses en una clínica, muerto de dolor y de vergüenza, y al salir me entregué a la renuncia de lo vano. Sin distracciones. Sin artificios mundanos. No sé si se me habrá perdonado por completo, pero sí sé que he de concentrarme para no volver a caer. La experiencia fue atroz y el único remedio es la sencillez. Y para hacer eso... ¿Me escuchas, compañero? ¿Escuchas la respuesta que te doy a la pregunta que me has hecho?

Ivan asintió con la cabeza para demostrarle que le escuchaba, pero Nikolai no lo vio. Se había adelantado para abrir la puerta de la cabaña, que no estaba cerrada con llave. Habían llegado.

—Es aquí —afirmó Ivan.

—Es aquí. Sí... En la despensa encontrarás conservas en vinagre y setas. Además, te traeremos pan y fruta por la mañana. No te preocupes. No te morirás de hambre.

¿Había aparecido en su rostro algún gesto incontrolado? ¿Acaso se había estremecido al ver el

lugar en que iba a alojarse de manera voluntaria durante un tiempo indeterminado?

—Justo lo que esperaba —dijo sin saber si mentía o no—. Es justo lo que quería. Y justo lo que imaginaba que quería.

¿Era necesario meterse allí, en una choza lóbrega y solitaria saturada de humedad, para poder pensar y leer?

—La verdad es belleza, amigo —oyó.

El problema era que Ivan Grigorevitch no sabía si mentía o no.

—Conozco los preceptos, Nikolai. No hace falta que me los recuerdes.

Entró en la cabaña y buscó un hueco para colocar sus libros. Había una cama, una silla, luz real de un día real, platos, vasos... Situaría la mesa al lado de una de las ennegrecidas ventanas, y desde allí atesoraría cada matiz del exterior, cada rama de cada árbol.

—Bueno, yo he de marcharme. Si en la oscuridad te sientes solo, habla con el Padre. Es normal al principio. Él te escuchará.

Ivan recorrió las pequeñísimas estancias en que se dividía la cabaña, un dormitorio, una sala, y no dijo nada. No iba a despedirse de él.

—¿Por qué no me ayudas a ordenar los libros? No te lo pido como siervo, sino como amigo.

Vio cómo Nikolai volvía a abrir la boca enormemente:

—Ivan Grigorevitch, no creas que dependes de mí. Aquí no dependes de nadie. El propio Andrei te ayudará con los libros y los razonamientos y el recogimiento espiritual. Es un hombre comprensivo y vendrá a verte. Yo me voy.

Nikolai desapareció sin decir más, e Ivan se dirigió a su bolsa para abrirla del todo y llenar el sitio con sus cosas. Sus libros, su ropa. Luego, más tarde, recorrería el terreno circundante, se situaría geográficamente, y contemplaría de cerca, con cuidado, los manchados troncos de los árboles, con sus parches sombríos y sus parches luminosos. Nada de todo aquello era suyo y no lo iba a ser nunca. Podía, pues, estar tranquilo. Leer, dormir y descansar porque nada de lo que viera, nada de lo que pudiera tocar, dependía de él. Tal vez deseara formar parte del suelo o tal vez pretendiera integrarse en el pequeño segmento de aire que le correspondía. Tal vez pudiera ocupar su breve lugar en el espacio... Pero ni el suelo ni el aire ni el espacio le pertenecían. Así que asintió. La quietud era máxima. Estaba solo y no poseía nada. Nada era suyo. Habría huellas en las losas que pisaba y nadie se encargaría de limpiarlas.

—Ivan, Ivan, Ivan... —se dijo—. Para. Reflexiona. No has venido para sentirte aterrorizado. Estás a salvo. Nadie te persigue. Nadie te oprime. Detente y analiza. Los demás son amigos y comprenden las razones por las que estás aquí. Ordena y respira, Ivan. Luego pasea. Luego duerme y despierta.

No obstante, mientras se repetía que debía sentirse bien en el interior de la cabaña, se daba cuenta de que era captar un sonido extraño a su alrededor, cualquier sonido irreconocible, y todo su organismo reaccionaba de manera poco adecuada. Su cuerpo estaba alerta y no era alerta como debía estar. Si lo conseguía, si no se dejaba llevar por el temor y la incertidumbre, si lograba no experimentar un violento desencanto, podría entregarse al aprendizaje sin obstáculos y poner de manifiesto todo su talento. Y estaba considerando aquella serena situación, comprobando que, efectivamente, no había nadie a su lado, nadie en un kilómetro de distancia, cuando, después de sacar de su bolsa unos pantalones y tres camisas, después de haber dispuesto encima de la mesa sus cuadernos y sus plumas, después de ordenar los libros en hileras dejando al alcance de la

mano cuatro o cinco, los más necesarios, y sentarse un momento en la polvorienta cama para contemplar la armonía de sus pocos bienes, solo un segundo, antes de salir al exterior para dar un breve paseo y ubicarse, sintió una debilidad extraña que implicaba un repentino sueño y el abandono sincronizado y automático de toda su energía. Una dejadez física y mental que se adueñó de todo lo que le rodeaba y que se apoderó de él.

3

Estaba amaneciendo cuando oyó un ruido en la puerta de la cabaña. Aún no se había levantado y, mientras intentaba componer en su cabeza lo ocurrido el día anterior, sin moverse, supuso que no podía estar escuchando cómo se abría la puerta principal, la única, y cómo alguien entraba sin decir nada. Prestó atención, y comprendió que sí, que alguien había entrado y avanzaba por el brevísimo recibidor hacia la sala en que había dejado sus cuadernos la tarde anterior.

Se puso de pie y dijo «hola», pero no obtuvo respuesta. Se estiró la ropa con las dos manos y, deteniéndose un instante, aguzó el oído para averiguar qué estaba sucediendo en la sala. Por los pasos, advirtió que no había solo una persona. Creyó adivinar que había al menos dos, y que curioseaban entre sus cosas. Estaban tocando sus cosas.

—¡Hola! —insistió.

—¡Amigo Ivan Grigorevitch! —oyó por fin—. Alexandra y yo hemos venido a ver cómo te encuentras. Para saber cómo has pasado tu primera noche. Perdona la invasión, pero por aquí solemos levantarnos temprano.

Ivan salió musitando una disculpa, y vio cómo Alexandra elevaba la mirada hacia él hasta dejar los ojos clavados en su frente.

—¡Qué joven pareces, Ivan Grigorevitch! —exclamó Andrei.

Ivan no contestó. Se dirigió a la mesa intentando arreglarse la camisa y adecentar su aspecto.

—No te preocupes, amigo —dijo Andrei—. No te juzgamos por tu indumentaria ni por cómo te muestres ante nosotros. No nos desagrada lo que vemos.

—¿Queréis sentaros? Voy a preparar el té.

Aunque se preguntaba dónde iba a preparar el té.

—¿Por qué no paseamos hasta el río? Puedes desayunar en la cabaña de cualquier otro compañero. Te enseñaremos las tiendas. Así podrás ver que disponemos de lugares mucho más inhóspitos que este. —Andrei se echó a reír—. Lo mismo eso te hace sentir mejor.

—No lo creo. —Ivan se detuvo. Dejó de intentar que todo estuviera en orden y repitió—: No... No lo creo.

—¿Nos vamos? —preguntó Alexandra.

Salieron y caminaron en silencio. Los senderos se extendían ante ellos rectos y lisos, como proyectados por la mano de un matemático. A Ivan le impresionó el aromático frescor del aire. Respiró poderosamente. Contempló las alargadas nubes que se desplegaban por el cielo como jirones de tela, y su cuerpo se abrió a la limpieza del bosque. El único indicio de la lluvia del día anterior era el agua que brillaba sobre el empapado suelo.

—Alexandra y yo queríamos consultarte algo. Espero que no te moleste. Llevamos meses con la idea de organizar una biblioteca, y queríamos saber si podrías dejarnos tus libros en algún momento.

—Mis libros.

—No te pido que te deshagas de ellos. Solo que los prestes. Para que los demás tengan acceso a lo que tú posees.

Los pájaros bajaban desde las ramas más altas, pero desaparecían al advertir su proximidad.

—¿Me pides que te entregue lo único que tengo?

—Sí. Y comprendo tu reacción.

—¿Qué reacción?

—Esta reacción. —Andrei se detuvo para, sin aparente esfuerzo, sin dejar de hablar, levantar un tronco caído que se interponía en su camino—. ¿Te gusta bailar? ¿Ir a tomar el té en compañía de jóvenes señoritas, educadas, descendientes de aristócratas? ¿Era eso lo que solías hacer en Moscú?

—No —respondió Ivan.

—Pues eso está muy bien. Facilitaré las cosas... Has vivido en una sociedad de opulencia que no te ha aportado nada. No ha perfeccionado tu espíritu ni te ha llevado a la paz, pero te ha hecho considerar que lo tuyo es tuyo y lo de los otros también. Ningún ser humano puede vivir tan equivocado. No es sano ni ejemplar. No conduce a nada. —Andrei fue elevando la voz poco a poco—. Recuerda que Lev Nikoláyevich quiso donar sus tierras a sus siervos y renunciar a sus derechos de autor. Yo no te pido tanto.

—No —repitió Ivan.

—Aquí aprenderás a ser feliz. No hemos descubierto nada nuevo. Solo un cristianismo real, primitivo, sin imposiciones dogmáticas ni más prescripciones que las de la propia fe. Sin instituciones opresivas que le digan a un hombre lo que ha de sentir ni cómo ha de llevar a cabo su misión en la tierra. Eres libre, Ivan. Eres capaz de ser feliz y aquí podrás serlo. Sé feliz. —Luego, mientras se limpiaba las manos en los faldones de su camisa, se echó a reír y le preguntó—: ¿Has leído a Rousseau?

Ivan respondió en voz baja, como si se le hubiera planteado un tema prohibido.

—La bondad natural del hombre. Sí, claro. Pero no sé si somos capaces de entender... Porque no es suficiente. No basta con querer algo para conseguirlo.

—¿Eso es lo que piensas?

¿Acaso bastaba con ansiar un estado de ánimo favorable (la indiferencia, la no inclinación y la no repugnancia, la despreocupación) para que ese estado floreciera? ¿Acaso imaginaba que era sencillo disponer de la energía suficiente como para llegar y exclamar que uno deseaba librarse de lo que le caracterizaba?

—Un hombre que ha sido pervertido en sus costumbres ¿podrá regresar a una idílica condición originaria únicamente por el hecho de regresar al mundo de lo salvaje?

Andrei se echó a reír de nuevo. De manera brutal.

—¿Cuántos años tienes, amigo Ivan?

—Treinta.

—Treinta... ¿Y no crees aún en la perdurabilidad de la bondad primitiva? ¿Qué haces aquí entonces?

Intentar creer en ella, pensó Ivan.

Antes de despedirse, le dijeron que en el futuro procurarían molestarle muy poco. Él podría acercarse a la comunidad siempre que dispusiera de tiempo y siempre que necesitara hacerlo, y Nikolai se encargaría de ir hasta su cabaña para recoger un par de libros a la semana. Contaba con la prerrogativa de entregarle los volúmenes que quisiera, ejemplares de los que pudiera prescindir unos días. Y le serían devueltos una vez leídos por los miembros de la comunidad que los solicitaran. De este modo todos serían dichosos y nadie saldría perjudicado.

4

La semana siguiente transcurrió sin visitas ni sorpresas. A su alrededor solo se revelaban los árboles y algunos animales, y el único sonido que oía era el de las ramas zarandeadas por el viento y el de los pájaros que se posaban sobre ellas. Cada vez más pájaros. Ivan leyó, tomó notas, ordenó sus ideas, recordó las insidiosas preguntas de Andrei y buscó respuestas, aunque ahora no tuvieran ningún sentido y no sirvieran de nada. En cualquier caso, no. La respuesta fue y seguiría siendo no. Un rotundo no. No deseaba ir a bailes ni postrarse ante nadie ni reír sin cesar. Los demás, sus familiares y amigos de Moscú, habían exhibido un gran interés por hacer todo aquello. Sus seres queridos podían pensar que silencio y tedio eran términos que iban de la mano, y reían y reían en las conversaciones mientras bebían té. Pero para él el afán de perfección lo era todo. Siempre consciente de que había un momento para ver y un momento para ser visto. Un momento para caminar y otro para el reposo. La dulzura del paisaje. Los senderos que se abrían a sus pies cada mañana, cuando salía en busca de leña o de frutos. La presencia del agua en la llanura y los antiquísimos robles que surgían de vez en cuando entre la masa de abedules. Todo le hacía recordar que el hombre debía ser leal a sí mismo, a toda costa, sin atender ni oír las llamadas de auxilio de los demás. Los lirios de los valles. El tono azul de los nomeolvides y los amplios pastos hacían resurgir en su cabeza las frases leídas tantas veces: «El hombre ha nacido libre, y en todas partes está encadenado». Y la noción de bondad. Ivan tomaba apuntes acerca de la indulgencia y la benignidad. La compasión que se lleva dentro, rezumando. Delicada. Que puede aflorar, impregnar los dedos de las manos y permitir que se flote. Porque, en esos momentos, cuando la compasión está en el cuerpo, flotar es posible y sencillo. Permanecer un tiempo ahí. Unos días. Aunque luego suceda algo, cualquier cosa, y la suavidad desaparezca. Y regrese el temblor.

Cuando el peso de los párpados se hacía insoportable. Cuando la aridez volvía a regir una vez más, y la antigua ligereza resultaba imposible.

¿La ligereza? Algo que jamás sucedió.

Sus cuadernos se repartían por la mesa. No siempre encontraba la página en que había anotado su última reflexión. No era un buen estado, el de la melancolía, para trabajar de manera eficaz, y casi se sintió feliz la primera mañana en que fueron a cobrarse en libros el canon por el que se le permitía residir en aquella cabaña. La visión de otro ser humano que hablaba como él y que se

movía como él le resultó, de repente, conmovedora.

—¿Qué hay, compañero? —Nikolai se acercó a él, le echó una rápida ojeada de arriba abajo con un medido sarcasmo en los labios, y miró al cielo mientras asentía con la cabeza—. ¿Habituéndote a los pájaros? Cada vez hay más y cada vez vuelan más bajo, ¿eh?

Ivan siguió su mirada y se fijó en que, efectivamente, los pájaros chillaban a muy poca distancia de la cabaña, sin parecer inmutarse por su presencia allí.

—No sé quién se está habituando a quién —dijo.

—Pues lo sabrás en un par de días.

Todo sucedió de forma paulatina, muy poco a poco. De manera casi imperceptible. La circunstancia llegó incluso a hacerle gracia al principio. Sabía que a su alrededor todo era vida y destrucción. Vida y destrucción. La gesta por la supervivencia con sus habituales cadencias, saliera él a inspeccionar sus avances o no. Y, del mismo modo, el desastre. Las raíces de los árboles que ingresaban en la tierra y los pequeños animales que se alimentaban de otros pequeños animales más indefensos o menos rápidos. Los pastos que se modificaban a cada segundo. Las arañas que tejían sus telas plateadas en las insondables grietas de las rocas, en los huecos de los muros, esperando la caída de un insecto somnoliento, desamparado, que no podría despegarse de su red mortal. Los animales que se preparaban para perpetuarse. E Ivan se había instalado entre ellos. Como un intruso. Así pues, al ver los primeros nidos, dado que era él quien estaba en un espacio al que no pertenecía, pensó que debía adaptarse y transigir.

Conformarse y acceder. Ser flexible y respetuoso.

Amar la naturaleza, como le había aconsejado Nikolai.

A lo largo de sus primeros días de soledad había examinado las cambiantes texturas y colores de las distintas piedras sin que el estado contemplativo le agotara, pero ahora, al observar los nidos, empezó a experimentar una sensación dual de ahogo y repugnancia. Tras descubrir las estructuras semicirculares que se repetían bajo el alero del tejado de la cabaña, pudo ver cómo, en sus niveles iniciales de cimentación, las ramitas sobresalían del hermético armazón como las espinas afiladas de un pez famélico que se hubiera visto atravesado por su propio esqueleto. A continuación, los pájaros colocaban sólidos emplastos que se aferraban a las paredes. Y, en torno a ese oscuro barro, chillaban en sus idas y venidas, planeando por encima del tejado a unas velocidades incomprensibles, poniendo de manifiesto, una vez más, que nada le pertenecía.

Él se había establecido en su refugio, y ahora los pájaros se establecían en los suyos. A él se le había otorgado ese hogar y ahora contemplaba cómo los otros individuos se dedicaban a buscar obsequios similares en los que asentarse. Y le pareció que era justo. Él ocupaba un lugar destinado a los pájaros, las piedras y los árboles, no al hombre. De modo que al principio le pareció justo. No era el hombre quien debía imponer allí sus códigos ni sus pautas. Pero aquella avidez constructora no le dejaba concentrarse. Quiso leer y escribir, pero no podía hacer mucho más que mirar, esperar y escuchar los persistentes y pavorosos gritos de las aves.

Si una mañana había siete nidos, a la mañana siguiente había diez. Y a la siguiente quince. O tal vez veinte. Gruesas masas de materia imprecisa que salpicaban también las ventanas, dejando el interior sumido en una sombra que se acrecentaba con la cada vez mayor presencia de pájaros y nidos y, pronto, huevos y crías que asomarían los vacilantes picos por entre los andamios de sus guaridas. Como si una mano industriosa se hubiera propuesto asentarlos en ese punto con un

adhesivo infalible, desafiando toda gravedad. ¿Cómo podía verse en una situación semejante? Aquello no era lo pactado. Una casa era el castillo de su propietario, como le habían dicho siempre en su familia, aunque tenía que aceptar de una vez que él ya no era propietario de nada y que, además, aquel espacio que habitaba no era una casa y mucho menos un castillo.

A pesar de que su cabaña estaba quedándose sin orificios para albergar muchos más nidos, quizá el propósito de construirlos resultara constante, inagotable. Llegó a pensar que los propios nidos, con sus ramas innumerables y finísimas, eran criaturas vivas en proceso de gestación, y que los pájaros no llegarían jamás a la conclusión de que ya habían fabricado los organismos suficientes. Y se preguntó si no llegaría el momento en que esos animales comprendieran que los muros del exterior no resultaban ya adecuados y decidieran adueñarse también de las paredes del interior. Del dormitorio. Del recibidor.

Nikolai sabía que iba a suceder. Le había dicho que pronto descubriría si sentía un amor verdadero por la naturaleza, como Lev Nikoláyevich, y hasta dónde estaba dispuesto a llegar. A qué estaba dispuesto a renunciar. Y ahora él, Ivan Grigorevitch Greff, tendría que pedir ayuda. Acercarse a la comunidad. Componer una sonrisa amistosa y dirigirse a alguien. A cualquiera. Calcular cómo pronunciar cada frase, en qué ocasión. Sin parecer excesivamente desamparado.

5

Habían pasado casi dos semanas desde el anidamiento. Los pájaros le observaban. Sus oscuros cuerpos descendían sobre él y volvían a remontar el vuelo de inmediato, dispuestos a mostrar su pericia en el arte de escapar de cualquier mortal que pudiera empeñarse en defenderse de ellos. Dominando el aire y dominando el cada vez más abatido ánimo de Ivan, que se sabía incapaz de luchar contra aquella intrusión. Cuando se tumbaba a los pies de su cama para considerar qué hacer, veía el tono tenebroso, casi negro, del cielo. «Aunque no —pensaba—. Naturalmente, no es el cielo.» Eran las rotundas sombras proyectadas por los nidos. «No hay más remedio. Tendré que pedir ayuda.»

6

En el poblado, mucho más allá de las paredes invadidas por los nidos que ahora marcaban los límites de su cabaña, los hombres y las mujeres de la comunidad se dirigían a los campos siguiendo un sendero que conocían bien. Iban de un lado a otro. Se agachaban para vigilar la tierra. Se detenían para charlar. Se regalaban alimentos en una especie de intercambio primitivo y, si el sol era propicio, se reunían en los bancos de piedra para informarse de lo que sucedía cerca o lejos, a unos metros de sus puertas o al otro lado del bosque. Se sentaban primero en el borde del banco, ocupando todo el espacio después, y hablaban con verdadera satisfacción del clima. De los perros. De los que habían llegado y de los que se habían ido. Reconstruían las historias

que les habían contado sus padres a lo largo de cenas interminables. Confirmaban la preferencia de las abejas por las flores de los frutales y, finalmente, llegaban a Ivan, que, mientras, se hallaba en un estado de turbación constante creyéndose solo, inadvertido, cuando lo cierto era que su percance y su actitud cargaba de contenido cada encuentro.

Todos estaban al tanto del tema que iba a tratar con Andrei. Todos habían visto cómo la cabaña se transmutaba en una mole vociferante de barro prieto, sobrevolada por aves que vigilaban sus posesiones con la fiereza de unos usurpadores que hubieran decidido quedarse en el lugar invadido, sin compartirlo. Así que ya sabían todos lo que le iba a pedir a Andrei.

—Creo que deberíamos hablar —murmuró al verle.

Charlar con su anfitrión. Pedirle consejo.

—Deberíamos hablar —repitió.

—De acuerdo. Habla.

Había empezado a llover y las ventanas estaban abiertas. Los muebles se iban a mojar, pero Andrei no se movió.

—Supongo que estoy acostumbrado a creer que puedo controlar lo que me rodea. No me gusta la idea de no poder hacer determinadas cosas. —Ivan procuraba no mirar a su interlocutor a los ojos. Las hojas de los árboles se agitaban siguiendo la dirección del viento, y la lluvia caía oblicua contra las paredes—. Deberías cerrar las ventanas.

—Sí. Debería cerrarlas.

Pero Andrei siguió inmóvil.

—No sé qué hacer. No puedo luchar contra esos pájaros. ¿Tendré que irme?

Andrei no se había levantado del sillón en el que estaba leyendo cuando él entró, y tampoco le ofreció asiento. Así pues, Ivan seguía de pie.

—No veo por qué.

—Allí no se puede estar. Supongo que lo sabes. Claro que lo sabes. Es imposible vivir así. ¿Qué quieres enseñarme? ¿Qué lección debo aprender? Explícamelo, y te aseguro que trataré de entender. ¿Tendré que buscar un nuevo lugar cuando lo único que pretendo es leer y pensar, sin molestar a nadie?

—Y sin que nadie te moleste a ti.

—Ese era el propósito. Sí.

—¿Ha cambiado el propósito?

—Han cambiado las condiciones. Digamos que ahora no son propicias para el estudio ni la concentración.

—¿La naturaleza te impide el estudio?

—¿Acaso no lo impediría cualquier cataclismo?

Podía sentir cómo Andrei registraba sus movimientos, hasta los más mínimos. Cada uno de sus gestos. Era consciente de que debía eliminar todo obstáculo y proclamar que lo que él sembrara serviría para nutrir a todo el que requiriese alimento. Sin limitaciones. Debía mostrarse conciliador. Manifestar que había grandeza en su interior y fortaleza en su carácter. «Y después volveré a ser un esclavo», se dijo.

—No sé qué esperas que responda. No lo sé. ¿Qué deseas hacer? O, mejor, ¿qué deseas que hagamos nosotros? En un principio pediste aislamiento, y te ofrecimos aislamiento. Ahora pides compañía y ayuda... ¿Es eso lo que quieres? Estoy seguro de que aspiras a ser un buen hombre,

afable e instruido, pero te has criado de manera incorrecta e imagino que eso complica el desprendimiento de tus viejas vestiduras. ¿Me equivoco?

—Me gustaría poder hacer lo que he venido a hacer.

—En ese caso te ayudaremos, Ivan Grigorevitch. Por supuesto que lo haremos. No has de preocuparte. Iremos a la cabaña y te ayudaremos. Llevaremos palos, venenos, calor, objetos brillantes para ubicarlos en los saledizos, disoluciones de orín en agua. No vamos a abandonarte. Jamás lo haríamos.

—Gracias.

—Te acompañaremos y después daremos un paseo por el bosque para reconciliarnos con los elementos.

Ivan avanzó hacia la ventana más cercana. Todo parecía haber adquirido un uniforme tono gris.

—En realidad —continuó Andrei—, dada tu situación, solo disponías de dos opciones: o te hacías a la idea de que vives en una comunidad y venías a pedirnos ayuda, salida que has escogido, o te plegabas a los mandatos de la resignación y la imperturbabilidad, y te atrincherabas allí dentro hasta que todo terminase, sin necesidad de contar con los demás. En ese caso tal vez habrías pasado hambre y tal vez habrías pasado miedo. Tal vez incluso habrías forjado ciertas supersticiones en torno a los graznidos especialmente atroces que pueden emitir esos pobres pájaros... De todos modos, como dijo Lev Nikoláyevich, lo fundamental es la igualdad y la libertad. Así que aprovechemos esa libertad. Has averiguado tu verdadera vocación y tu aguante ante los atrevimientos de la naturaleza. Has pedido ayuda —terminó Andrei— y eso es justo lo que imaginaba que ibas a hacer.

—Gracias —repitió Ivan, sin saber si la conclusión le era favorable o no.

Andrei reunió a los integrantes de la comunidad para decidir entre todos qué hacer, e Ivan, mientras, podía dedicarse a pasear, a leer, a reflexionar o a esperar sin más en la sala en que le había recibido Andrei. Había seis sillas dispuestas en dos hileras a lo largo de una mesa que llenaba gran parte de la habitación, y sobre la que se alzaba un jarrón de cristal transparente adornado con flores blancas. A la altura de los ojos, en una de las paredes, colgaba el cuadro de un árbol sin hojas. Ivan se acercó y vio que el árbol formaba parte de un camino que avanzaba hacia el horizonte, incorporado a un paisaje marrón de tierra. En su casa siempre le habían hablado de lo importante que resultaba causar una impresión agradable en los demás. De lo esencial de la gentileza y de cómo la elegancia era un don que solía ir de la mano de la naturalidad y la distinción. Distinción en la manera de moverse, en la manera de hablar, en la manera de expresar los sentimientos o, mejor aún, en la manera de no hablar y no expresar ningún sentimiento en absoluto. Una manera de mirarlo todo. Siguió observando el árbol del cuadro y notó que la lluvia había producido en él un considerable efecto analgésico. O quizá se tratara del alivio que sintió al comprender que le iban a ayudar. Lo cierto era que de repente se sentía más ligero y mejor, y, tras comprobar que el cielo se había convertido en una lámina opaca e impenetrable, salió de la sala y comenzó a caminar.

Al principio fue despacio, constatando que la tierra despedía un curioso olor a sudor humano. ¿Encontraría un asentamiento en el que pudiera sentirse a salvo? Su propia noción de las cosas le enviaba mensajes acerca de la magnificencia de la vida, de la absoluta confianza en el discernimiento de la mente humana. Y, sin embargo, tenía la impresión de que allí, en aquel grupo,

no existía tal discernimiento. Solo una acumulación estéril de dogmas. Solo turbiedad y dominación. Reparó en el blanco de los abedules que destacaba en medio de tanta oscuridad repentina, como si pudiera guiarle por la espesura. Había algo manifiestamente lujurioso en la densidad de la que se rodeaba. En el olor. En los espacios sin línea del cielo, donde los troncos de los árboles lo absorbían todo, cualquier fondo. El lugar resultaba de una voluptuosidad animal a pesar de que fuera el reino de lo vegetal el que lo dominara. Ese quietismo interrumpido solo por sus propios movimientos.

Andrei había dicho que le ayudarían, y él podría seguir con sus lecturas y sus cuadernos. Continuó sin volver la cabeza, más deprisa, dispuesto a internarse en el espectáculo gris en que se había transformado el paisaje. Estornudó un par de veces. No llevaba pañuelo y se pasó la mano por la nariz, pero volvió a estornudar casi de inmediato y supo que el revés de su mano pronto dejaría de ser eficaz. No obstante, no iba a regresar por un pañuelo. Siguió avanzando. Separó los labios y abrió la boca. No para gritar ni para expresar nada en voz alta. Simplemente porque había tomado una decisión y ahora su rostro parecía desear exteriorizarlo. Existía una tercera opción además de las dos que le había planteado Andrei. La opción verdadera, la de la auténtica entrega a la naturaleza. La de la libertad plena: podía internarse en el bosque. Podía aprender a sentirse resguardado sobre la superficie de un planeta que parecería aún más pequeño, más malogrado y más perplejo en la confusión de la noche, en el punto más recóndito del bosque. Ocultarse. Subsistir sin nadie a su alrededor. En un espacio en el que no hubiera cabañas ni comunidades humanas. Marcharse con la fabulosa idea de que podría defenderse a sí mismo.

Los pájaros levantaban el vuelo al advertir que se acercaba. Sus pasos eran cada vez más ágiles, y acompasó la respiración a la rítmica evolución de sus zancadas.

FIDES

1

Klaus traería los regalos. Todos se levantarían a su llegada, y ella aplaudiría dejando a un lado el cansancio de la jornada, intentando reír hasta superar con el frenesí de su voz el frenesí de las exclamaciones de bienvenida de los demás. Klaus se deslizaría desde el cielo tras la cena, al modo tradicional. Bajando por la chimenea del salón principal para apoyarse sobre la repisa y, desde allí, contemplar cómo el grupo le esperaba reunido en torno a una mesa presidida por ella, que tendría el rostro enmarcado por los planos de luz que arrojaran las dos enormes lámparas del techo. Ofreciéndole frutas y galletas. A él, a su Klaus, que caería por un canal cepillado, desatascado y lleno de flores. Ese era el acuerdo: limpiar la chimenea. No obstante, el componente floral seguía constituyendo un motivo de disensión. ¿Dónde se había visto semejante extravagancia? En ningún sitio. Y precisamente era en esa originalidad en lo que se apoyaba ella para defender su idea, su pequeña provocación particular: deambular por unos suelos ajedrezados que se verían salpicados de lirios naranjas y gladiolos rojos (el símbolo de la victoria).

En lo que estaban de acuerdo era en que para despejar la chimenea disponían de dos métodos: el superior, consistente en encaramarse al tejado y usar desde allí el utensilio conocido como erizo (básicamente, un cepillo deshollinador) frotándolo bien contra todo el conducto para dejarlo libre de porquerías que pudieran derivar en un incendio; y el inferior, que consistía en hacer lo mismo pero desde el interior del *palazzo*. El sistema más empleado era el primero. Lo habitual era subirse a la boca de la chimenea y trabajar desde arriba. No obstante, parecía también lo más peligroso. Se corría el riesgo de una caída tras un corrimiento de tejas. ¿Y si llovía? Parecía difícil trepar hasta el tejado si estaba lloviendo. La limpieza desde el interior resultaba más cómoda. Más práctica y profesional.

—A veces caen trozos de ladrillo por el hueco de las chimeneas —dijo ella.

Y uno de los hermanos aseguró que lo que deberían hacer era limpiarlas al menos una vez al año, pasado el invierno, cuando no las fueran a encender más. Ella respondió entonces que lo ideal sería darles un mantenimiento semanal, y fue en ese instante cuando los demás se rieron. Myra y sus peculiaridades. Aunque no se reírían tanto si tuvieran que presenciar cómo se quemaba su casa, su enorme casa, por no darle a la instalación los cuidados apropiados. No imaginaban la cantidad de accidentes que se producían por la acumulación de suciedad en el cañón de humos.

No tenían ni idea de lo temible que era el hollín y lo inflamable que podía ser la creosota, ese líquido viscoso y altamente combustible que se depositaba en las paredes y las teñía de un color negro brillante. Ella lo sabía porque había leído multitud de páginas al respecto. Pero nadie le hizo caso, de modo que se acercó a uno de los cuencos de fruta y se comió una uva.

2

Tendrían numerosos invitados esa noche. Más hermanos venidos de otros hogares para compartir con ellos la calidez de sus habitaciones y la generosidad de sus alimentos. Hermanos que se presentarían a primera hora de la tarde, amables, dispuestos a la gentileza, y que se dirigirían a la sala de sociedad en la que podrían hablar de manera informal, sin necesidad de ajustarse a los formulismos que la etiqueta pudiera exigir en otras salas. Luego se aproximarían a uno de los despachos laterales para examinar los grabados de botánica (plantas medicinales, plantas exóticas, plantas ornamentales) que Klaus hubiera ido amontonando a lo largo de los meses en un mueble del que resultaba imposible eliminar una salpicadura de jugo de mora. Hermanos que habrían tenido un éxtasis de san Francisco de Asís ante los ojos nada más poner un pie sobre la alfombra de la entrada, y que nombrarían los sagrados versos tras murmurar que aquella casa era un prodigio que les maravillaba continuamente. Beberían de sus copas de vino junto a sus anfitriones, y les preguntarían por su existencia diaria con cortesía y auténtico interés. Por su acontecer cotidiano. Ante lo que los anfitriones alegrarían:

—Este *palazzo* nos pertenece. Siempre hemos vivido aquí.

Lo que sería perfectamente cierto, pero no respondería a la pregunta.

Después de todo, no se habrían acicalado ni se habrían vestido con sus mejores ropas (traje de lino a rayas azules y blancas, vestido de lino negro) para sentirse investigados, sino para disfrutar de cada segundo de la noche. Con fruición y abandono. Ofreciendo su casa a los recién llegados con la esperanza de que comprendieran que las preguntas impertinentes resultaban contrarias al disfrute. Pidiéndoles que fueran capaces de mantener una conversación erudita sobre la época renacentista en la península de Anatolia, una conversación intrascendente sobre los perros del jardín y los perros del interior de la casa (no dejaban entrar a todos a la vez) o una conversación aventurada sobre los riesgos concretos para unos ojos que miran al sol a través de unos prismáticos.

3

En celebraciones idénticas en fechas idénticas, la casa siempre había estado llena y la gracia siempre había caído sobre las cabezas de los presentes de la mano de Klaus en forma de portador de regalos. Radiante al asomar por la cavidad de la chimenea, surgiendo de aquella oscuridad de túnel. Alzándose ante ellos sobre los suelos blancos como un ser inocente de invierno, con los

labios abiertos para pronunciar las primeras palabras verdaderamente interesantes de la noche. Su Klaus, épico como el héroe de un poema, y ella corriendo a abrazarle. A homenajear su aparición y su valentía de semidiós por haberse atrevido a descender por el hueco asfixiante de una chimenea. Todo excepcional. Todo fascinante y cautivador. Myra dando saltitos de pura emoción alrededor de Klaus, y Klaus, como en ocasiones anteriores, dejándola a un lado. Una montaña erigida ante un ratón. Avanzando majestuoso, mostrándose risueño delante de los demás hermanos y hermanas a los que besaría y hacia los que extendería sus dedos hasta tocar sus mejillas.

Aunque no las de ella.

—¡Myra! Déjame un segundo. Aparta, Myra. Deja que salude.

Deambulando espléndido, recibiendo piñones y miel directamente en los labios, con la piel enrojecida por el cambio de temperatura y por el delirio de la acogida. ¿Y Myra? Myra sonriendo detrás de Klaus. Trotando tras él para abrazarse a su espalda y aferrarse a las telas de su cuerpo, consciente de que siempre sucedería así y de que ella siempre asistiría al mismo proceso. Aquel ritual de la risa ante las risas y la conformidad con los restos del festín. Internándose en su propio desprecio por los hermanos y hermanas que brindarían a la salud del recién llegado, la prosperidad del recién llegado, y manifestando un desconcierto incrementado por la admiración de los demás:

—Klaus... Es tan osado... Yo no podría hacerlo.

Ante lo que oiría:

—No es que no puedas hacer eso, Myra, es que no puedes hacer nada.

Y de nuevo las risas.

Frente a ella, que en algún momento tendría que decidir lo que era admisible en su vida y lo que no. ¿Tenía que seguir empujando la misma piedra día tras día como un Sísifo cohibido, sin saber cuál había sido su ofensa?

4

Klaus le había explicado que cuando se descubría el saber, cuando se experimentaba el placer del verdadero conocimiento, todo lo demás parecía pequeño y todo lo demás quedaba al margen. Todo lo demás se hacía insustancial. La mente pasaba a ser el milagro que ocupaba cada parcela de la existencia, la gran conquista, y se volvía el centro de un idilio arrollador y absorbente que reclamaba una seducción permanente, una invariable devoción. La entrega de dádivas constantes. Se estaba en una condición muy próxima a la del enamoramiento y nada daba más miedo que el abandono. Por lo que se debía echar más y más información en la recámara de la lucidez. Llenar de razones y motivos la cuenca gris que parecía no colmarse nunca porque el cerebro olvidaba y confundía y demandaba más datos, más definiciones y referencias, deseando recuperar lo que en ese instante desconocía pero que había sabido en tiempos. Por eso, Myra debía leer. Debía subrayar y anotar. Acceder a cada oquedad y alimentarla. Saciarla. A veces la memoria parecía saturarse. Y llegaban entonces el cansancio y la desidia. Pero no podía dejarse arrastrar. Tenía que incorporarse y echar a un lado la desgana y ese proceder anestesiado en el que llevaba un

tiempo instalada por culpa, seguramente, del desahogo y la ligereza con que vivían. Debía prepararse. Ganar experiencia. Ejercitarse. Tocar el piano hasta que sus sonidos superaran los de cualquier tormenta. Pronunciar pulcramente las palabras Wunderkammer, Přítomnost, Schronienie, Whitechapel. Unirse al impulso de la tierra y el firmamento.

Y eso iba a hacer.

Perseverar en su idea de una lluvia de flores cayendo desde lo alto de la chimenea (tulipanes, narcisos y campanillas) en el momento previo a la cena, horas antes del descenso de Klaus, cuando comenzaría la fiesta. Una reunión de hermanos y hermanas tenía que ser un episodio cálido e inigualable estuviera ella presente o no, de modo que encendería un fuego que calentara la sala entera hasta las puertas de madera arañadas por los perros, y más allá, hasta las paredes de los pasillos en su altura hacia las vidrieras de los techos. Un fuego que iluminara los dormitorios, las butacas tapizadas en terciopelo y los espejos ovalados, los jardines y las zonas más próximas al bosque, estampando sus relucientes trazos sobre los muros que Myra dejaría atrás para salir a la espesura y desaparecer de camino a las montañas. El perfume del bosque. Su tiempo y sus rutinas. Alguien se había preguntado una vez si el hecho de haber vivido siempre en un lugar era razón suficiente para seguir eternamente en él, y la respuesta era que no. Myra iría a buscar la claridad en otros sitios. Y Klaus se sentiría libre por fin para saludar y abrazar a sus invitados sin tener que evitarla a ella constantemente durante la gran cena de invierno. La estación más cruda del año, cuando se busca el recogimiento al amparo de una buena llama. El aliento de una hoguera prendida justo antes de abandonar el *palazzo*, sin Klaus, que estaría preparándose para subir al tejado en su misión de emisario de la gloria y el amor, sin que nadie se hubiera encargado de limpiar realmente el conducto ascendente de la chimenea.

Al fin y al cabo, querían que fuera una sorpresa para sus huéspedes. La aparición del protagonista absoluto envuelto en luz y calor. Un acontecimiento resplandeciente que constituiría una ocasión tan buena como cualquier otra para huir y ocultarse en el bosque. Siempre al tanto de que hay todo tipo de refugios para viajeros en las zonas de montaña.

LA INVITACIÓN

Siempre fue la gravedad. La imposibilidad de dar un paso y realmente salir. Escapar del estatismo. De esa fuerza contra la que luchaban en la sala principal de la casa las convocadas a cada sesión, después de haber subido la escalera gótica de caracol que daba dos vueltas sobre sí misma. Una escalera protegida por una barandilla de hierro con adornos florales, a la que las mujeres solían referirse como la barandilla del tulipán, cuando el trazo mostraba bien a las claras que el diseñador no había tenido ningún tulipán en mente al concebirla. Tras los treinta y tres escalones bien barridos y pulidos, sin ningún pilar central de apoyo, lo que era, al parecer, una especie de milagro arquitectónico, y tras cruzar una galería, se llegaba a la sala más amplia, y una vez allí todo lo que ella tenía que hacer era sentarse y tocar el chelo. Solo eso. Sin fijarse en lo que maquinaban las demás. Sin prestarles atención. Sin observar sus ritos ni sus recorridos. No obstante, no fijarse en sus movimientos no resultaba tarea fácil. Día tras día, los revoloteos de las mujeres eran idénticos. Idénticos los ejercicios. Exactos entre sí. Y día tras día, ella experimentaba el mismo nervioso interés por descifrar la técnica de sus prácticas. De sus métodos. Cómo lo hacían. Con esa aparente facilidad. Esa forma de desplazarse. De modo que se centraba en sus pies descalzos y en sus cuerpos curvos, doblados por la cintura, redondos hacia la madera del suelo, con los dedos anclados a cada tablilla, extendidos y asidos a la única firmeza que podía considerarse real estando cabeza abajo. El tictac del reloj. Pero no. No debían contagiarse. Debían concentrarse. Olvidarse de lo real. Con los ojos cerrados y las piernas rectas, sin rodillas ni muslos, sin tendones. Sin músculos. En una esencia conectada a la esencia de la atmósfera que inundaba la habitación de un silencio que solo venía a quebrarse con el sonido del chelo y el tictac de un reloj que no estaba allí. Solo la conexión con una identidad primera que hacía de sus cuerpos algo flexible, liviano, llevadero y aéreo. Amarse. Amarse.

Eso se decían: Amarse.

Y respirar. Manteniendo una serenidad que les hacía indiferentes a cualquier caída. Sin rumores internos. Sin materia.

Llevaría más de tres meses acudiendo a la sala, relacionándose con ellas, cuando las mujeres le dijeron que había llegado su turno. Que por fin iba a hacerlo. Al principio se negó, pero el apremio del grupo hizo que se levantara, como también su propia curiosidad hizo que se levantara. Que se situara en el punto indicado y comenzara a percibir las caricias firmes y los susurros de las mujeres que le rozaban la piel desde los hombros hasta los pies, agachándose y alzándose para infundirle valor. O para tranquilizarla. O para darle seguridad. Siempre creyó que se sentiría protegida allí. Con las otras manos sobre sus hombros, sobre sus brazos. Como si se hubiera

instalado bajo una túnica de un líquido transparente que se le deslizara desde el pelo hasta los codos, las caderas, las rodillas, los tobillos, los talones, y de nuevo el pelo, los codos, las caderas, las rodillas, los talones, y ya no fuera otra mujer más sino la única mujer. Con un organismo pequeño pero a salvo. Al que sus compañeras habían decidido acoger y adiestrar para más tarde dejar ir en un giro aturdido y muy rudimentario, centrado en cada progreso, en el preciso control del equilibrio, y que no llegó a ser más que un aleteo embrionario en el centro de un círculo de manos y susurros. Entre las otras mujeres. En una casa de mujeres donde solo había mujeres que movían brazos y piernas de mujeres y que querían liberarse de la gravedad para alzarse con ligereza, próximas a los frescos del techo, incluso próximas a la claraboya central. Apreciando con los dedos los colores desvaídos de las paredes.

No lo consiguió esa primera vez. Nadie lo conseguía la primera vez, le dijeron cuando se alinearon a su lado para levantarla entre todas, elevándola para hacerle sentir de manera vívida lo que significaba volar. Y volar no de un modo figurado sino de un modo físico. Un ave. Un insecto. Ascendiendo en el aire y avanzando sobre las otras cabezas en un estado natural, entendiendo como natural lo relativo a la naturaleza. Alzando el vientre. Sin nada que impidiera la altura, la plenitud de la ascensión. Sin cargas sobre los hombros. Sin rozar el pavimento. Sin hilos ni cuerdas de seguridad. Sin piedras que incrementasen la dichosa atracción de la Tierra. Ese peso que de una manera u otra siempre terminaba lanzándolas de nuevo contra el suelo.

LAS JAULAS

Darío, algo molesto con ese experimento que duraba ya demasiado, extraviado entre las sombras y los sonidos de la estación, pensaba en regresar a su sala de estudiante y encerrarse con sus libros sobre el arte del pasado. No quería estar en un andén rodeado de viajeros que viajaban, ni besarla para luego encaminarse hacia la salida con ella de la mano. Sin embargo, semana tras semana, cada viernes, los dos se aproximaban al tren de las ocho destino Rennes y simulaban un adiós sin lágrimas ni promesas, sabedores de que se trataba de una prueba más. Un nuevo ensayo para el momento en que llegase la auténtica separación, cuando el beso sería su último beso antes de una aventura que no compartirían. Ella, subida al primer vagón, fingiendo la despedida tradicional, confiaba en llevar una existencia nómada. Trasladarse a los lagos del Gran Valle del Rift. Dormir bajo el techo rojo de una parada de metro en Estocolmo. Acercarse a las nieves rusas, siempre al tanto de que no se debía confundir el concepto de longitud con el de distancia. De momento seguían juntos, pero no era posible mantenerse eternamente en el mismo estado, aunque al principio pareciera que sí.

VIRTUS

1

Óscar pensaba que cada obra del hombre sobre la tierra era fruto de la diligencia. Cada trono y cada tumba. Cada torre y cada muro. Cada hilo tendido bajo el cielo, bajo la emisión natural de la luz, y que de poste a poste, sumado al hilo siguiente, configuraba el plano de un itinerario que no tenía fin. En dibujos de líneas que guiaban los caminos y que marcaban un trayecto que siempre superaba el trayecto de quien los observaba. Cada espejo. Cada edificio. Toda consecuencia de la diligencia humana. Esa virtud que oponía el esmero y la dedicación a la pereza. A la desidia. Desde las catedrales a los rectos surcos de los huertos. Desde los artificios cósmicos a los hoyos excavados en el suelo para extraer un agua atrapada entre dos capas a tanta presión que, al quedar liberada, salía a la superficie superando los bordes del propio pozo y formando manantiales. La diligencia en el proceder individual. En la prontitud al cumplir la tarea asignada. Cualquier tarea asignada. Y la delicadeza con que se había de actuar. Haciendo bien lo que se tenía que hacer bien. Sin confusión ni vacilación ni queja ni abandono ante la aparición de las seductoras voces de ruptura que pudieran sugerir que no era misión del hombre la realización diaria de un trabajo cautivo ni la reposición de cada piedra derribada ni la reparación de cada mancha, cada fisura.

La diligencia. El don que hacía que un individuo se levantase por la mañana recordando cuáles eran sus deberes y poniendo en marcha las acciones necesarias para cumplirlos con prontitud, según lo esperado y en el momento esperado. Sin demoras. Sin excusas ni evasivas. A pesar de la agitación interior y a pesar de la inquietud. Esas eran las ideas de Óscar.

Y así se levantaba María. Al amanecer. Sin aplazar lo que debía suceder. Apartando las sábanas, apartando las mantas y dirigiéndose a la ventana, consciente de que debía abrir los ojos cada vez. Debía elevar la cabeza, mirar a los lados. Erguirse de inmediato. Sin dar pábulo a los pensamientos que hablaban del hielo del exterior, del frío, del pavimento de mineral duro que le dañaría los pies. Sin atender a los pitidos de los oídos que se le repartían por el interior de la cabeza y que le nublaban la razón. Ir hacia la ventana y abrirla percibiendo el aire glacial que se le pegaría a la cara, aún dormida, y que la cubriría del volátil rocío de hielo y vaho que ella inspiraría. Espiraría. Y volvería a inspirar. Cerrando los ojos para recibir en la piel un frescor mucho más eficaz que el de la limpieza con jabón en el lavabo y una energía mucho más duradera que la de un desayuno de tostadas y miel.

María estiraba el cuerpo todo lo posible hacia el exterior, hacia la irradiación azul de la nieve, hacia lo peligroso y lo cegador de la estación de invierno, y se dejaba invadir por los distintos estados del agua que se transformaba en torno a ella. Lo líquido y lo sólido. El vapor de su respiración. Luego, tras cerrar la ventana, se dirigía a la única silla que había en su dormitorio y se ponía la ropa del día anterior sin haberse quitado el jersey y el pantalón con que dormía. Un vestido de tela de saco, unas botas impermeables, un chaquetón con capucha que mostraba una insignia británica en la parte superior de cada manga y un gorro de lana bajo el que se recogía el pelo sin peinar, en pequeños bucles que se hacía con los dedos para poder domarlo y amontonarlo con mayor comodidad.

Una vez en el pasillo, tarareaba el nombre de su hermano. «Óscar. Óscar. ¿Tampoco vas a salir hoy, Óscar?» Y lo recorría a zancadas, repitiendo el mismo nombre («Óscar, Óscar»), por un corredor que tenía el suelo alfombrado y las paredes cubiertas de obras de varios tamaños. Coros de ángeles. Acuarelas y miniaturas. Pinturas religiosas del siglo xviii. Aquel espacio renovaba en ella cada mañana la fascinación de la primera vez, cuando lo cruzó de arriba abajo comprobando que llevaba hasta su cuarto después de haber atravesado una de las salas de recepción de invitados. Al caminar por ese pasillo al amanecer, al inicio de cada jornada, se adentraba en la realidad de la casa, en la gravedad de la casa, y recuperaba la noción de lo que significaba estar allí. Las columnas y las esculturas. Las vitrinas. Las colecciones de relojes que se acumulaban en el interior de las vitrinas. Los jarrones. Los óleos y los bustos de corte clásico instalados en el ala de verano. Todo le recordaba lo que había heredado, lo que ahora quedaba bajo su responsabilidad y su cuidado. Y le recordaba que era cierto, que ahora vivía allí, y que debía llevar a cabo con la insistida diligencia familiar y un método eficaz la labor para la que se había instalado en ese lugar. Debía permanecer en aquella casa y recorrer sus cuartos, cada sala, cada rincón de cada sala. Hasta encontrar a Óscar.

2

Quería llevar una vida normal. Siempre había buscado una vida normal. Una vida centrada en la levedad de las cosas. Dejándose llevar por la ingravidez y por la suavidad de los haces de luz que se filtraran por las persianas de madera de su habitación, cuando vivía con sus padres. Hacia las alfombras deshilachadas. Sin agitaciones ni horarios. Dejándose llevar por los ritmos del hambre, la sed y el sueño. Después de todo ¿qué era una vida normal? Una vida inspirada en la rutina individual de cada uno. Una vida en la que se comiera cuando se debía comer, se bailara de vez en cuando, se descansara por las noches y se lidiara con las penas habituales. Año tras año. Sin excesos. Sin viajar a la playa y que la playa estuviese invadida por las medusas. Sin un hogar repleto de ceniceros. Sin quedarse en un barrio en el que las matanzas fuesen una actividad cotidiana y sin abrirse las muñecas en la bañera cada vez que se produjera un inconveniente. Algo no previsto. En la vida normal surgían inconvenientes y sucesos no previstos. Pero ¿era necesario que aparecieran con tanta frecuencia? En la vida normal de sus padres no parecía haber sitio para tanto fingimiento y tanto disimulo y tanto vómito diario producido por los nervios y la angustia de

saber que se estaba haciendo algo prohibido. ¿Era necesario vivir un día y otro día en un universo en el que todo lo que se pensaba y todo lo que se deseaba y, por fin, se llevaba a la práctica, estuviera prohibido? No era así en la vida normal de sus tíos. Ni en la de sus vecinos. Y por eso, porque quería una vida normal, María tuvo que separarse de su hermano. Y por eso, ahora, dos años después, cuando quería volver a intentar llevar una existencia aceptable y uniforme, corriente, debía encontrarle. Cogerle del brazo y dejar que él le preguntara al oído todo lo que deseara saber. Que dónde había estado a lo largo de esos dos años. Que qué había hecho. Y pasar a describírselo. Despacio.

Estaban en aquella casa, y estar allí era como recorrer el Nilo o vivir en Arabia. Sin espacio alrededor. Sin realidad ni ignorancia alrededor. Solo fascinación. Y la sensación de amplitud. Disponían de todo el tiempo del que desearan disponer para contarse cómo lo habían probado en otros lugares, con otras personas, y cómo el fracaso había sido la única respuesta. Los dos estaban sanos. Los dos beberían vino y volverían a hablar de su pasión por los ríos navegables. Por el Amazonas. Por el río Congo. De nuevo el Nilo, el río más largo de África. Ríos que cruzaban dos veces la línea del ecuador. Ríos que surcaban Rusia, Kazajistán, Mongolia y China. No había mejor conversación para retomar su antigua complicidad que la de la navegación estacional, la de los afluentes, la de las desembocaduras. Para retomar la necesidad mutua que se habían tenido tiempo atrás, cuando se subían juntos al autobús y se sentían aristócratas, con sus pañuelos al cuello. De seda. De lino. De organza. Cuando leían a Wilde y pensaban que la campiña inglesa era su auténtico hogar. Ahora podían considerarse verdaderos aristócratas, aunque venidos a menos. Ahora podían empezar a reírse sintiendo la luz en los ojos, y organizar sus días en períodos dedicados a los brindis, al manejo del sable, al buen uso de los sombreros y a la elección de asientos en primera clase con destino a Viena. Conseguir un cuerpo musculoso. Disfrutar el uno del otro.

No obstante, para que aquello sucediera, debía encontrarle. Y no parecía que Óscar tuviera ganas de dejarse encontrar. ¿Por qué no salía de su escondite? Ella era amable. Ella era paciente. Estaba dispuesta a seguir mostrándose obsequiosa y resignada entre las nubes de polvo que se levantaban cada vez que sacudía el almohadón de la silla en que hubiera decidido ir a sentarse. Sin amenazas ni prisas. Fuera viernes o fuera domingo. Pero debía recibir algo a cambio. Una señal, un sonido. Una nota manuscrita dejada como al azar entre los brazos de la estatuilla de bronce que representaba a la Venus de Arlés, sobre una mesa de latón dorado. ¿Por qué no salía? ¿Por qué no bajaba a comer con ella? O a cenar. ¿Cuántos días más iba a permitir que siguiera sola, pronunciando palabras sueltas que podrían corresponder a una conversación tierna y cordial si él estuviera a su lado, mientras tomaba el té, dos veces al día? Era fácil conservar las hojas de té en sus latas sobre las estanterías. Y era fácil hervir agua. Sin embargo, no era tan fácil conseguir una Coca-Cola. Ni un neumático, si lo necesitara. Y aquellas certezas sobre lo imposible de acercarse a la civilización, sobre lo aislada que estaba, no le hacían llevaderos los días, que podían resultarle especialmente duros y agotadores. A veces agónicos.

Repartir su zumo de naranja en dos vasos. Tener varios perros y salir a caminar con ellos por el camino helado. Fingir una voz nasal si empezaban a hablarse en inglés, disfrazados al mediodía, antes de sentarse a comer y exclamar *Holy Moly!* O *Holy cow!* O incluso *Oh my!* Dejar sus servilletas a un lado en la mesa, cerca de sus platos, e inclinarse ella hacia él, mientras él se inclinaba hacia ella, experimentando la vertiginosa bajada de la sangre a la cabeza durante unos segundos, antes de volver a incorporarse. La experiencia de estar juntos sería emocionante. De nuevo. Y para ello María abría puertas y ventanas. Hundía las manos en los colchones de las camas. Recorría con los ojos cada rincón de cada estancia en busca de una sombra, la forma asomada de un pie descalzo, el bajo de un pantalón, el gesto de una mano que hubiera empezado ya a saludar. Estiraba la cabeza. Decía «hola» con voz decidida. Abría la boca y dejaba que la temperatura de su interior se escapara por ella y se disgregara en el gélido entorno, en el escarchado aire que lo absorbía todo, sin que el mínimo calor que ella pudiera producir fuera capaz de propagarse en absoluto.

Iba a encontrarle. Ya que había empezado, descubriría dónde se escondía. Ya que estaba allí, daría con él. Cierto que no sabía si él escuchaba o no lo que le decía, pero de lo que estaba segura era de que la estaba viendo. Con los párpados caídos. Sumidos en un arco invertido como el de una sonrisa invertida, contemplando cómo las grietas se prolongaban pared abajo, trazando cauces oscuros de piedra en cada sala. En la madera de las puertas gemelas de la capilla. O en las del salón de música. Aunque no deseara manifestarse ante ella, él la veía. Manteniendo un orden categórico en lo que le rodeaba. Queriendo controlarlo todo porque eso era lo que hacía Óscar. Siempre había sido así. Siempre había intentado dominar lo que fuera que le rodeaba en todo momento. Prefería deshacerse de las cosas a soportar el desorden de las cosas, y si algo desentonaba, si algo no encajaba, lo lanzaba a otro sitio, igual que si, horas más tarde, volvía a tropezar con el mismo objeto en otro lugar en el que, igualmente, podía desentonar y podía no encajar, volvía a arrojarlo a otro lado para no verlo. O directamente lo tiraba a la basura. O lo sacaba al exterior para dejarlo en el saliente de un árbol, en un banco. En un contenedor de papel. Esperando que otra persona se lo llevara a su casa e hiciera uso de lo que fuera que a él le molestaba. Un paraguas. Un libro. Una chaqueta.

Un par de zapatos. Una figura de porcelana. Un mantel.

Un cable. Una taza. Una cesta para la fruta.

Ella era la hermana menor y había procurado emularle, parecersele. Pero para ella la rutina diaria consistía precisamente en no querer controlar nada. En no querer repasar el estado de nada ni revisar nada. De modo que habría podido quedarse sentada en cualquier silla ubicada en cualquiera de los recodos del ala de invierno o sobre alguna alfombra, con las piernas estiradas, entendiendo que si alguna vez había considerado la idea de ir a encerrarse en un convento, en realidad en lo que estaría pensando sería en un monasterio porque ella nunca habría querido ser monja sino monje. También podría haberse tumbado sin reparar en los desconchones del techo, con sus manchas verdosas, ni en los finos cursos que se generaban a partir del agua filtrada por entre las tejas para descender, en distintos módulos de destrozo, por los tabiques entelados. No lavarse, no moverse, no levantarse, no comer. Como gustes, querida, como gustes.

Sin embargo, no cedió a las tentaciones de su propia naturaleza.

Tenía que encontrar a su hermano, y a ello se dedicó desde el primer momento.

4

Cuando supo que habían heredado la casa pensó que su futuro estaba solucionado. Aún no había reparado en las fisuras de los muros ni en el polvo de las telas ni en el perpetuo rumor de las cañerías que se descomponían a cada segundo con cada gota de agua que las recorría. Aún no se había detenido a pensar en la resistencia de un hielo que se asentaba en los senderos del exterior y de un hielo que se fijaba sobre la arenilla del suelo del jardín frontal y también del posterior. No había contemplado la idea de que la calefacción no fuera a funcionar ni el hecho de que no hubiera tiendas ni almacenes por los alrededores, de modo que le resultaría difícil abastecerse y encontrar alimentos frescos. Aún no había empezado a retirar cortinas, a mirar tras los espejos ni a examinar el cañón de cada chimenea. Solo pensó en que por fin dispondrían de un hogar que los ampararía. Un hogar en que encerrarse, al que no accedería nadie más y en cuyo seno no tendrían que dar explicaciones acerca de lo que estaban haciendo y de lo que no estaban haciendo. Su manera de bajar las escaleras o correr por los pasillos como habían corrido cuando vivían con sus padres en una casa a la que no iba mucha gente y en cuyo interior pasaban meses entregados a la lectura, a la degustación de pequeños sándwiches de queso y a la práctica de un ejercicio físico ligero consistente en moverse de un lado a otro, una y otra vez, hasta completar el número de diez series, con un leve pero necesario descanso para recuperar el aliento.

Si trabajaban, trabajaban. Y si no lo hacían y en su lugar se dedicaban a observar las sombras móviles de las manchas de los cristales atravesadas por los rayos del sol en su movimiento idéntico día tras día, desplazándose por el suelo de madera, más deslucido, menos deslucido, su comportamiento igualmente sería admisible y su actitud les parecería a ambos perfectamente lógica.

5

Cuando le viera le diría «Hola» o «Qué hay». Eso era lo que tenía previsto. Eso haría. Y luego reconocería su error e intentaría dar paso a una conversación. Haciendo un esfuerzo por evitar los reproches y por no repetir quejas, acusaciones o consideraciones que, además de dañinas, serían estériles. Podrían hablar de los temporales de nieve. O de su imagen, de cómo habían cambiado. Quizá él tuviera el pelo más largo. O los ojos más hundidos. La estructura de la piel más rugosa. El color más pálido. Como un pliego de papel. Y el cuerpo más cerrado, como si aún no hubiera amanecido. Podrían hablar de Hércules Poirot. De P. D. James. De su amor por las tramas y las conspiraciones policíacas. Y una vez superados los primeros instantes, las que serían las dificultades iniciales, dejando atrás el motivo que les había llevado a estar donde estaban, podrían empezar a hablar de cualquier tema. Dejar que pasara el tiempo. Lavarse los pies. Recorrerse el cuerpo con los ojos sabiendo que iban a quedarse así para toda la vida. Que no cambiarían. Que seguirían como estaban, cada uno en la memoria del otro, y que nada alteraría esa imagen. Ni el paso de los días ni los probables gritos ni la necesidad de defenderse y preservar su espacio propio. Nada haría que quisieran salir de allí y volver a separarse. Ni la llegada de las

primeras dolencias ni los cambios de estación en los campos ni las extrañas variaciones en la percepción de los colores, los sonidos. El transcurso de las semanas y los meses. Se dedicarían a analizar la madera de las sillas y las mesas, coincidiendo en que era robusta y en que seguramente procedía de África. Con una afabilidad que ya no perderían. Conociéndose plenamente y, a la vez, dejando espacio para el hallazgo de un gesto nuevo, una nueva expresión. Una forma renovada de transmitirse el calor que necesitaban para existir.

6

—Oye, Óscar —murmuraba mientras echaba un vistazo al interior de los muebles que iba encontrando a su paso, con mirada implorante—. ¿De verdad vas a decirme que aún quedan sitios que he dejado sin registrar? ¿No será que te estás moviendo? ¿No estarás evitándome?

Podía oír entonces un portazo en la planta superior. O una sombra que se deslizaba a su espalda, sin hacerse evidente ni claramente real.

—¿No te estarás divirtiendo a mi costa?

Cuando lo que de verdad quería preguntarle era si no creía que el castigo había sido ya suficiente. Cuando lo que de verdad quería decirle era que, en su opinión, ya se le había exigido todo lo que se le podía exigir a una hermana que se había trasladado hasta allí para pedir perdón. ¿Es que reclamaba aún más venganza? ¿Deseaba una pena mayor? Ella tenía miedo a su reacción y a que pudiera optar por no volver a salir jamás, pero deseaba preguntarle si es que había decidido seguir mortificándola durante mucho más tiempo porque lo cierto era que empezaba a cansarse de los mismos procesos, el mismo frío, el mismo abandono y el mismo lenguaje solitario que a veces rozaba el ridículo.

—Óscar. Estoy aquí. No perdamos más tiempo.

Decía. Consciente de que cuando le encontrara dejaría de sentir tanta rabia por esa cabezonería suya y empezaría a pensar en el bienestar de los dos. En los ratos de indolencia que tendrían por delante, cuando la despreocupación y la calma se propagaran y fueran una constante en su manera de ser. Escuchando coros de *La traviata*. Fumando cigarrillos alemanes. Repitiendo con solemnidad que morir podría ser una gran aventura. Sin tener que besarse a escondidas ni atemorizarse ante lo que sentían.

7

Los arroyos se habían helado. Los charcos también. Y el agua estancada en las pilas de piedra en que bebían los animales que más tarde serían cazados. Conejos y liebres. Ciervos y jabalís. María había salido para estirar los brazos. Para ver los árboles del jardín delantero bajo la severidad y la crudeza de la luz invernal, y recibir el agua helada en los ojos y en los labios. Luego volvería a repasar el interior de los roperos y a comprobar qué había en cada cofre. A analizar los retratos

de unos hombres vestidos de gala, instalados en distintas salas de esa misma casa. Volvería a mirar bajo el colchón de cada cama o entre los tapices de lana y seda que se repartían por las paredes. Pero hasta entonces aguantaría unos minutos más fuera. Frotándose las manos. Dando pequeños pasos de un lado a otro, cerca del umbral. Sin alejarse demasiado. En parte por el frío y en parte porque no quería ver el hoyo en el que Óscar había metido el cuerpo de, al menos, un hombre. Ella conocía su carácter. Estaba al tanto de las consecuencias que podían tener sus momentos de ira. De modo que no se asombró en exceso cuando descubrió unos zapatos, el puño de una camisa. El remate de un cinturón de cuero sobre una superficie que no había quedado aplanada.

El más grave de sus despistes. La gran torpeza de Óscar, que siempre quería controlarlo todo. Debió de creer que las nevadas se encargarían de allanar el suelo. Suavizar cada zanja y cada hueco. Tal vez planeara terminar el trabajo cuando el clima fuera más propicio, con la llegada de la primavera. O tal vez pensara que nadie se iba a pasear por su jardín. Él estaba en su ámbito y no iba a permitir que nadie se adentrara en él. No esperaba visitas.

María no quiso recordar el cuerpo del hombre. Era preferible no tropezar con nada. No averiguar nada. Durante los primeros días en la casa en completa soledad, empezó a darse cuenta de que todo le parecía extraño: que un fuego diese calor, que las cosas se movieran tras una simple aplicación de fuerza con un dedo, que el aire se pudiera respirar, que una rama flotara en el agua... Que su vida consistiera en abrir cajones de cómodas. Todo era extraño, pero tenía que encontrar una señal. Cualquier indicio que le demostrara que la presencia de su hermano en los espacios habitables de la casa era un hecho. Que no se lo había inventado. Que él estaba allí como huésped oculto. En el hueco disimulado tras el falso fondo de un armario. Entre los montones de suciedad.

—¡Óscar! Sal. Soy yo. Tengo que hablar contigo. ¡Óscar!

Sin recibir respuesta.

—¡Óscar!

El hallazgo del cuerpo le pareció una posible señal. Pero quiso olvidarla. Murmurando cifras al azar. Cero seis. Cinco. Nueve ocho. Siete seis. Repitiéndolas en susurros para atenuar el nerviosismo. La impaciencia por no encontrarle. Por no saber siquiera si su hermano se dejaría encontrar. Y no fue hasta ese día, al entrar de nuevo, al regresar al interior deseando escapar del frío y del borrón negro que la tumba marcaba en la tierra, cuando supo que la búsqueda había terminado.

Le tenía ante ella. Sin moverse. Sin hablar.

No pareció alegrarse al verla.

—He salido un momento —dijo—. No he ido a ningún sitio.

Su hermano seguía inmóvil a los pies de la escalera central, con una mano apoyada en la barandilla de hierro. Y ella ahora no sabía qué hacer.

—Hola, Óscar.

Él estiró el cuello y avanzó unos pasos.

—Hola, María —comenzó.

Para volver a quedarse en silencio, intentando dominar la situación. Queriendo enfrentarse a su cometido con la mayor dignidad posible. En un empeño por parecer fuerte, mientras ella reparaba en que, efectivamente, llevaba el pelo más largo, casi por los hombros. Y muy sucio. Tan

sucio que parecía habersele pegado a la cabeza. Aunque quizá se le hubiera mojado. Quizá acabara de entrar en la casa también él después de haber estado cortando leña. Acarreando cubos de metal repletos de agua. Con el tesón del individuo que se encarga de hacer inventario de los bienes que se necesitan para subsistir en un hogar y que se encarga de suministrárselos a sus habitantes. Frutos, semillas, cereales y plantas. Hierbas y verduras.

Llevaba un jersey de lana de color marrón que le quedaba grande y unos pantalones de pana, también de color marrón, que le arrastraban por los talones, más allá de las zapatillas de deporte, con una textura como de manteca, perfectas para figurar en un cuadro o en una fotografía en blanco y negro. Estaban empapadas, igual que el pelo, y desbocadas, como si no se desatara los cordones y se las pusiera cada mañana y se las quitara cada noche tirando de ellas. Haciendo presión de un pie sobre otro.

Había adelgazado. Y parecía más joven, tal vez a causa de esa delgadez monacal que a ella le resultó tan atractiva. Estar ante su hermano era como estar ante un adolescente de mirada vacilante. Un muchacho incapaz de encontrar su asiento en un teatro. Entresuelo. Paraíso.

—He venido para estar contigo. Para que vivamos juntos.

Óscar se mantuvo igualmente callado. Quizá estuviera analizando también él su altura, el estado de su pelo, la delgadez de su cuerpo. Quizá estuviera considerando la posibilidad de no aprobarla y de darse la vuelta para regresar al polvo de su madriguera, entre sus sillas Luis XVI y sus lienzos de flores rojas.

—¿No quieres saber cómo estoy? ¿Qué he estado haciendo?

Tenía treinta años, pero su aspecto era el de un chico disfrazado de cowboy, con el ceño fruncido y las manos sobre las caderas, decidido a mantenerse en el estado de beligerancia en que se había instalado cuando ella le dijo que no podía seguir a su lado.

—En realidad no estás aquí.

—Claro que sí. Te lo aseguro.

Y habría querido decir más. Habría querido explicarle mucho más. Pero así era como se comportaba él, y no pudo evitar sonreír. ¿Iba a actuar como un inspector de policía? ¿Como un abogado? ¿Iba a representar el papel de detective, de investigador, como si formaran parte de una de sus novelas favoritas?

—¿No vas a acercarte un poco? —le preguntó.

Para contarle que llevaba semanas buscándole, esperándole. Dejando que los días transcurrieran de habitación vacía en habitación vacía. Comiendo galletas. Atún de lata. Queso. Melocotón en almíbar. Intentando hacer de la incertidumbre algo cotidiano, sin saber si él estaría allí o no. Si saldría o no saldría. Para reprocharle que la hubiera dejado sola cuando estaban los dos en la misma casa. Hablarle de su impertinencia. Aunque ahora que había aparecido solo pensara en el tema de los ríos navegables. En enumerarle lo que había hecho durante esos dos años y lo que quería que sucediera a partir de ese momento.

—¿Sabes que esto es nuestro? ¿Que podemos vivir aquí?

—Yo ya vivo aquí —dijo él acercándose.

El fino cénit de un árbol joven que se inclinaba y le daba un beso sobre el labio superior y luego otro, igualmente breve, bajo el labio inferior. Y otros dos, idénticos, a cada lado de las comisuras. Que a continuación se alejaba con la misma displicencia con que se había aproximado, y se dirigía a una de las mesas del recibidor, donde comenzaba a rebuscar entre los papeles que

había desperdigados por el tablero.

—Hoy no nos han traído el correo —bromeó ella.

Y su hermano se alejó más, hacia las escaleras.

—Puedes quedarte si quieres —dijo—. La casa es muy grande.

—Claro que voy a quedarme.

—Yo estaré pendiente de lo que hagas.

—Óscar...

Empezó a subir los escalones con las manos en los bolsillos, sin esperar a que ella volviera a pronunciar su nombre o a que le contestara.

¿Es que iba a irse?

—Óscar.

¿No iba a escuchar lo que tenía que decirle? ¿Iba a esconderse en el pabellón acristalado que hacía las veces de invernadero, tras las repisas sobre las que se acumulaban las plantas exóticas y las plantas de interior, sorprendentemente verdes y sorprendentemente frondosas? ¿O tras los maceteros y las jardineras de ese mismo pabellón?

Siguió ascendiendo, sin volverse. Desapareciendo. Esta vez ante ella. Mostrando claramente su voluntad de seguir solo, sin echarla de menos. De dormitorio en dormitorio. De pasillo en pasillo. Atravesando los salones. Asomándose a las ventanas para contemplar el estado de los árboles del jardín. La impávida inmovilidad de los bustos que lo adornaban. El agujero en que había metido a un hombre que no tuvo otra cosa mejor que hacer que ir a molestarle con sus preguntas. Tal vez un vendedor. O un predicador obstinado. Presentándose de la manera más incorrecta en el momento menos apropiado. Ante él, que quería que le dejaran en paz.

Ahora era parte de la casa, y María se preguntó qué le sucedería a ella si se quedaba. ¿Se volvería como él? ¿Se convertiría en su hermano? ¿Dejaría que le creciera el pelo y que le arrastrara la ropa por el suelo de cada sala?

Se giró hacia la puerta y miró la madera oscura sin avanzar hacia ella. Tal vez lograra sentirse igualmente protegida allí dentro. En ese aislamiento buscado. Sin explicaciones que dar ni explicaciones que recibir. Sin interrupciones. Sin renunciar a lo que era suyo, a los objetos que ahora eran suyos. Tal vez lo lograra. Encerrada con alguien que quería llevar una existencia segura y que no permitiría que volvieran a rozarle ni a abandonarle. Bajando la cabeza sin dar un solo paso en ninguna dirección.

GRAVEDAD

Querida A. D-H.:

He terminado de leer los libros de cuentos que me mandaste y he subrayado las líneas y los párrafos que más me han gustado o impresionado o invadido mis pensamientos, como me dijiste que hiciera. Si me pidieras que eligiera un relato, me quedaría con dos: *Los hijos del granjero* y *Él*. Encuentro un fabuloso parecido entre ellos ahora que escribo sus títulos y ahora que me esfuerzo por recordar los nombres de sus autoras. Aunque no los leí seguidos, si me concentro en las dos historias, me resultan muy afines. Me evocan las mismas imágenes. El mismo sabor. El mismo pitido en los oídos. La misma blancura en la memoria. Como dos máquinas de triturar papel que dejaran tras de sí largas tiras de personajes hambrientos. Aplastados y desconsolados. Como yo misma cuando llegué a esta nueva casa, antes de que te fueras.

La casa no ha cambiado nada. Y las residentes tampoco. Nadie se ha ido, nadie ha llegado. Ninguna chica distinta. Los poderes se mantienen y las presiones y las tareas y los cometidos de cada una también. Todo sigue igual. Las horas de las comidas. Las paradas para el descanso. Las tablas del suelo de madera crujiendo bajo los pies. Las lecciones de amabilidad y de respeto. La manera de prestar atención, de mostrarnos corteses. Siempre esperando que suceda algo diferente. Que suceda algo extraño. Algo inesperado... Como ves, lo mismo. La misma quietud entre los lienzos que se suceden por las paredes en sus marcos dorados y la misma ropa que tú ya no llevas y que nos han dejado aligerar un poco ahora que ha terminado el invierno. Hemos guardado los jerséis negros de cuello alto, las faldas negras de lino y los calcetines, y hemos sacado los vestidos sin mangas con bolsillos a los lados, que siguen siendo negros pero que no dan tanto calor.

Esta casa me parece mejor que la anterior, y que la casa sea mejor indica que el castigo va remitiendo y que irá siendo cada vez más llevadero. Quizá me odien menos. ¿Lo crees posible? ¿Tú has notado cambios? ¿Has mejorado en comportamiento?

En cuanto termine de escribirte empezaré a copiar en un cuaderno los párrafos y las frases que he subrayado en tus libros. No me los puedo quedar. ¿Lo recuerdas? Claro que sí. Conoces las normas. Entiendes que debemos entregarlos. Regalarlos o dejarlos en la biblioteca o en un rincón para que los recoja la primera que pase por allí y los vea y quiera llevárselos a su cuarto o cedérselos a otra o dejarlos en una de las ventanas que dan a la calle sabiendo que desaparecerán en cuestión de minutos. Terminado un libro, hay que regalarlo. Roto un jersey, hay que rasgarlo para trapos. No debemos atesorar nada. No debemos conservar nada. Afortunadamente, no soy débil en ese aspecto. No tengo especial inclinación hacia las cosas. No me apena deshacerme de

ellas. No quiero mantener el dominio sobre tus libros. Quedan muchos volúmenes en la biblioteca, y que estén ahí implica que son míos. En sus estanterías esperando a que yo vaya, a que yo los mire, a que yo los elija y a que yo los lea.

Te echo de menos. En cada rincón de esta casa. A todas horas. Todos los días. Te quiero. Como solo se puede querer a un ser como tú. Un ser amable y alegre, además de brillante y valiente. Tú eres todo eso. Tú eres lo mejor que se puede ser, y me gustaría abrazarte y que me abrazaras. Pero no podemos conservar nada. Es la regla. No debemos acostumbrarnos a la presencia de nuestras cosas ni a la presencia de otras personas porque aferrarse implica depender, y si algo debemos buscar en esta casa es autosuficiencia. Imperturbables y poderosas. Así debemos ser. De modo que tu marcha no me afectó. No alteró mis sueños ni mi apetito ni mi imposición de seguir creciendo y aprendiendo. No me entristeció. Todo lo que he de hacer es mejorar. Mantenerme en el buen camino. Evolucionar e imaginar los prados verdes salpicados de flores violáceas que me conducirán al mar.

Donde tal vez me estés esperando. En la casa de la que me hablaste.

¿Estarás en esa casa?

Recuerdo que me contaste que allí no hay barandillas de hierro pintado como aquí, ni larguísimas alfombras que cubren la parte central de las escaleras, adheridas a cada contrahuella con una barra dorada. Sé que allí no encontraré una gran biblioteca ni una magnífica mesa situada debajo de una lámpara central, escoltada en las esquinas por cuatro luminarias que ahora brillan gracias a la electricidad pero que en tiempos fueron de aceite. No hay una chimenea en cada habitación. Pero nada de eso puede importarme porque estaremos juntas. Y podremos vernos por el patio. Por los jardines. Por las playas y por la orilla de los mares. Así que crezco, aprendo, dejo atrás lo que me pesa y lo que no me pertenece, y me olvido de lo que hicimos esa tarde entre los manzanos y las ramas partidas y las pequeñas flores de color púrpura a las que tú llamas zapatitos del Señor. No sirve de nada recordar. Ni castigarse. No sirve de nada tener presente el hoyo que excavaste tú y que excavé yo cerca del lago para enterrar el cuerpo aún vivo del hombre al que acogimos después de que matara a su mujer y después de que se atreviera a afirmar que ella en realidad se había suicidado. Así me lo dijiste: vengadoras, eso es lo que somos. Es nuestro destino y no se puede huir del destino ni se puede luchar contra el destino. De modo que hicimos lo que nos correspondía. Aparentar al principio un espíritu servicial ante él, complaciente, agradecido, casi servil. Sonreírle. Acogerle. Y luego, pronto, buscar unas piedras. Las más planas. Por muy lejos que estuvieran. «Ayúdame, hermana. Ayuda a tu hermana», me dijiste. Y lo hice. Alimentamos al hombre. Le dimos de comer almendras amargas. Le condenamos. Y le enterramos.

Administramos justicia.

Le ayudamos a consumir la última de las cuatro funciones fundamentales de los seres que pueblan la naturaleza.

Sigo pensando que no es un gran castigo el que nos han impuesto. Ir de casa en casa. Aprender nuevas normas. Vivir con esta encerrada sencillez. No poseer ningún bien ni disfrutar de la potestad de salir corriendo al atardecer con los brazos abiertos en busca del frescor de los arroyos. Organismos de agua, eso es lo que somos. Así me lo dijiste: si yo fuera un animal, sería una rana; si lo fueras tú, una nutria.

Me llevarán a esa nueva casa cerca del mar. Donde no hay suelos ajedrezados en los salones.

Donde no podré andar por el ala de Invierno porque no hay ala de Invierno. Sin escalera de Honor. Pero de nuevo a tu lado. Viviremos juntas sin culpas ni escrúpulos que nos lastren. Administrando justicia. Dándole a cada uno lo que le es propio, lo que le corresponde.

Espérame allí. Llegaré pronto.

Tu hermana,

E. D-H.

DULCE DESDÉMONA

1

El salón ruso era su estancia favorita. Todas las mañanas, al amanecer, E. Vallet giraba su llave tres veces en la cerradura y se adentraba en la penumbra del salón para ordenar los originales recién descubiertos. Con sus ropas oscuras deshilachadas en las costuras de los bajos y en las costuras de las mangas. Describiendo y registrando cada dibujo para que sus propietarios supieran con qué obras de arte contaban. En total, unos 270 diseños pintados con lápiz y clarión sobre un papel muy fino, azulado, o con pluma sobre un papel agrisado que ella, E. Vallet, tocaba con guantes y trataba con suma delicadeza. Enclaustrada en un salón dominado por el sigilo y la mudez, en el que apenas se adivinaban dos miradores que daban al patio de invierno, cegados desde el exterior con unas contraventanas y desde el interior con un sistema de doble barra que sujetaba un par de largas cortinas gruesas superpuestas. De ese modo, los dibujos se conservaban perfectamente, sin peligro de recibir la luz directa del sol.

A primera hora del día, Eloísa encendía las lámparas que iba encontrando de camino al salón ruso y, una vez allí, buscaba sus guantes de trabajo, su delantal y sus cuadernos. A continuación ponía un disco de Brahms.

Los sucesivos residentes del edificio, los miembros de la dinastía rusa que habían pasado allí sus días de exilio, los compradores posteriores y los herederos de los compradores posteriores, habían ido escondiendo en los armarios del palacio todo tipo de objetos. Habían depositado en cajas de madera labrada y en los guardarropas sus joyas exiliadas y sus lienzos de fondo arquitectónico. Los afortunados habitantes, parejas danzantes que se movían bajo la luz de las lámparas y entre los frescos de un azul que iba transformándose en gris o en turquesa dependiendo de la iluminación directa o indirecta que recibiera cada espacio de la pared, habían enriquecido el interior de la vivienda con sus recuerdos, con su patrimonio, en la creencia de que sus pertenencias se correspondían de manera directa con el terreno que pisaban. Con la bondad de la tierra. Con esa base sagrada sobre la que se asentaba la fuerza de sus predecesores. Los elementos de piedra y de barro («¿qué son los hombres comparados con las rocas y las montañas?») que habían costado la sangre de sus abuelos y la de sus padres. Aquellos tesoros continuaban en sus correspondientes salas gracias a la defensa y al ataque de cada familia. Y la cadena debía prolongarse sin interrupción, repitiendo el proceso de custodia y de posterior cesión a los hijos.

Protegiendo sus propiedades en el ámbito más íntimo del núcleo doméstico.

Ella no descendía de ningún noble ruso. Su familia no poseía ningún castillo ni ningún palacio, pero también creía en la importancia de recoger y preservar cada pieza. Eliminar lo superfluo y mantener lo hermoso y lo puro. Vivía en la certeza de que su cometido era esencial: cuidar de los tapices y las esculturas; de los dibujos, los relojes y las ánforas de un metro de altura que alguien había traído desde Siria. Ella residía allí, y no porque la casa le perteneciera, sino porque debía conservarla en buen estado durante el invierno, deshaciéndose de lo falso, de lo superfluo, hasta que llegara la estación en que los hermanos regresaran para disfrutar de cada espacio.

El comedor de verano.

El paseo de las higueras y las parras.

El agua de la alberca convertida en piscina.

Las colchas de seda.

2

A Eloísa le gustaba pensar que la familia la había adoptado y que ella era ya E. Vallet, portadora de sus mismas insignias, merecedora de sus apellidos y, por qué no, de sus privilegios, si no por nacimiento, al menos sí por la fidelidad que les guardaba. A veces probaba incluso a encontrar cierto parecido físico con los hermanos mirándose detenidamente de perfil. Esos rasgos... La forma recta de la nariz. La piel del rostro más blanca de lo habitual. El contorno de la mandíbula. Practicaba a solas en voz baja sus conocimientos de francés para demostrar, si se daba el caso, que su educación había sido tan completa y esmerada como la de ellos (*la conférence aura lieu du lundi au vendredi*), y estudiaba las peculiaridades de los capiteles en que veía las formas de unos ángeles con las manos unidas en actitud orante. Todo debía estar limpio e impecable. Nada podía contaminar el ambiente del salón en el que manipulaba los dibujos del siglo xviii realizados en un papel de color marfil (el papel blanco no existió hasta el siglo xix, como sabía cualquier iniciado) con trazos de lápiz negro y sanguina, mientras las notas de Brahms dominaban la densidad del aire por encima de los gritos de auxilio, que a veces lograban imponerse sobre cualquier pretensión clásica, rompiendo la calma del salón. Las notas de Brahms presidían su actividad desde hacía tres días, desde el momento en que a su padre se le ocurrió presentarse ante ella. Y lo hacían al máximo volumen, con la idea de salvaguardar su necesidad de aislarse y seguir catalogando los dibujos que llevaban años ocultos en una de las buhardillas. Le resultaba imposible desempeñar su labor entre tanto aullido y entre tanto lamento. ¿Cómo concentrarse y cómo llegar a conclusiones acerca de los artistas, las épocas, mientras su padre seguía vomitando en el sótano?

Llevaba ya tres días con Brahms y con unas pruebas a lápiz. Albayalde sobre papel verdoso. Tinta. Las técnicas acuosas opuestas a las técnicas sólidas de la arcilla de color blanco azulado. Subiendo el volumen de la arrebatada obertura trágica con la seguridad de que no acallarían los gemidos, pero con la esperanza de que al menos lograra encubrirlos.

Y con la esperanza de que en algún instante los gritos cesaran.

¿Cuántos días aguantaría su padre sin comer? ¿Y sin beber? Le había preguntado al verle si quería tomar algo, y la respuesta habría sido afirmativa de haberse hecho efectiva. Su padre tendría hambre. Y tendría sed. De haber podido, se habría sentado en la cocina, bajo las lámparas con platillos de opalina, y se habría lanzado sobre cualquier plato que ella hubiera querido servirle. No obstante, había leído que los genes del hombre estaban preparados para la escasez. El ser humano había vivido siempre en la penuria y sus genes eran genes de ahorro. La historia evolutiva del hombre era una historia de carestía y miseria. De modo que, mientras su organismo aguantara, él seguiría aullando. Sus alaridos emergerían del sótano, ascenderían por las escaleras, cruzarían los corredores y llegarían hasta ella, que intentaba seguir con su vida normal pero que, cuando no podía soportarlo más, en los momentos de gran angustia, tenía que salir del salón ruso, de la planta de los pasillos iluminados, huir de las voces que la perseguían y la acosaban, y abalanzarse contra la puerta principal.

Él se agotaría antes o después. Algún día tendría que callarse. Aquello sucedería. Era una verdad incontrovertible. Como la de que el sol brillaba para todos por igual. Pero hasta que ese instante llegara, Eloísa tenía que correr, abrir la puerta del exterior y respirar profundamente al tiempo que recibía la bofetada de un viento que estaría golpeando también los muros del palacio, las ramas de los árboles, los desabrigados nidos de los pájaros. Había hormigas en su cama, pero desaparecerían con la imposición de ese mismo frío hosco que se iría apoderando de su carne mientras avanzaba hacia la parte más alta del montículo que se elevaba no muy lejos de ella, a unos metros del territorio Vallet, y que podía verse en su integridad desde la barandilla del balcón frontal. La voracidad del viento la engulliría, pero no por ello iba a parar. No iba a detenerse ni iba a dejarse aturdir. Seguiría andando sin dejar de percibir la música de Brahms que se alzaba y se hundía, se alzaba y se hundía en algún lugar de su cerebro, recordándole que los gritos de su padre seguían resonando en el interior de la cueva, demandando auxilio en el sótano abovedado en el que le había encerrado, y que seguirían haciéndolo, perfectamente audibles desde el espacio en el que ella desempeñaba día tras día su amada labor y en el que tan afortunada podía llegar a sentirse. Imponiendo un cerco atronador sobre su fortaleza y sobre su capacidad para sobrellevar cualquier provocación.

Podría bajar y ponerle dos trozos de cinta aislante en la boca. Podría hacerlo, pero no quería volver a verle. Y en aquel momento la estaba venciendo. A su peculiar manera, su padre se estaba vengando. Haciéndole ver que seguiría aguardándola allí, con sus berridos adheridos a las paredes como parte integrante de la estancia. Atado y con la luz apagada bajo la capa de alfombras anudadas a mano y bajo las tablillas de madera del suelo, su padre la estaba castigando.

3

Durante años tuvo la certeza de que si se cruzaba con él por una calle, en el interior de un comercio de la ciudad, en los pasillos de un museo, no se reconocería en sus rasgos. No identificaría una sola línea de su cara. Ni una expresión. Y, sin embargo, le conoció de inmediato al verle en la puerta del palacio Vallet, recién salido de la cárcel.

—Pasa —le dijo.

Sintiendo que la cabeza se le desprendía del cuello y que los hombros giraban sobre sí mismos. Que sus manos no hallaban lugar al que aferrarse y que le temblaban las piernas ante su ínfima capacidad para hacer lo que siempre había imaginado que tendría que hacer si llegaba a vivir lo que estaba viviendo: mantener su cuerpo en pie.

Los ojos se posaron sobre él. Llevaba unos pantalones negros, una camisa de color azul, y se notaba por el olor que acababa de fumarse un cigarrillo. Fijó la mirada sobre su cara bien afeitada, sobre sus mejillas enrojecidas. Y por un instante lo supo: no había marcha atrás. Todo estaba calculado y decidido. Su padre se había presentado allí y se había convertido en un ser real. Sometido ante ella. Pidiéndole perdón. Diciéndole que había cambiado y que no había manera de demostrarle lo arrepentido que se sentía. Creyendo que con esa nueva confesión podría solucionarlo todo.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó.

—Por tu hermana.

—¿Has visto a mi hermana?

Eloísa jugueteaba con una esclava hecha con hilos de plata.

—He estado con tu hermana. He estado en su casa.

—¿Quieres tomar algo? Estarás cansado.

—Tiene una niña.

Lo sabía.

—Una niña.

Y esa fue la señal. Eso fue lo que provocó que el plan se pusiera en marcha.

Fue la articulación de la palabra «niña», su enunciación, lo que hizo que la piedra echara a rodar. Cuando su padre de sangre se atrevió a pronunciar el término referido a la niñez, a los pocos años, al poco cuerpo y a la mucha dependencia, Eloísa, joven aspirante a la dinastía Vallet, liberó su brutalidad acumulada y se convirtió en una salvaje. Más próxima al reino de lo animal y lo irracional que a la realidad de una mujer cristianizada, entregada año tras año a un sistema de aprendizaje reglamentado. ¿Niña? Eloísa se llevó una mano a la boca y le miró intensamente. A los ojos. A las comisuras caídas de los labios. Ante ella estaba el hombre que había matado a su madre y que había hecho de su madre la víctima número treinta y tres de un año medido por las estadísticas. El hombre que había transformado a su madre en un dígito a base de cuchilladas, y que lo había hecho ante ella y ante su hermana pequeña, aquella hermana que ahora tenía una «niña».

—Ven. Quiero enseñarte algo —le dijo.

Y su padre accedió.

Caminó tras ella.

Bajaron un primer tramo de escaleras.

Recorrieron un trayecto desnivelado y difícil de transitar que desembocaba en la puerta más recóndita del palacio, y entraron en el sótano, en el espacio reservado a los objetos a los que se negaba el acogimiento y el calor de los espacios habitados de la casa. Allí le pidió que se sentara en el suelo. Que recogiera las piernas y que no se moviera. Y su padre obedeció mientras ella le apuntaba con el brazo inmóvil, extendido, aguantando la pistola que había conseguido limpia, sin delito de sangre, para el día en que su padre saliera de la cárcel. Con dos cargadores y una

munición capaz de atravesar las paredes de dos habitaciones.

No fue la información recibida. No fue el conocimiento en sí. Fue el instinto.

—Te vas a quedar aquí.

Sabía que no era apropiado sostener la pistola con las dos manos. Debía sujetarla con una sola, con firmeza. También sabía que no tenía que preocuparse por la puntería: solo se centraría en el punto de mira si realizaba el disparo a mucha distancia. Si su blanco estaba cerca, como era el caso, ni lo miraría. De todos modos, su intención no era la de disparar. Solo quería atarle. Paralizarle.

—No sé por qué has tenido que venir.

Hizo que él mismo se atara los pies con una cuerda. A continuación le pidió que juntara las manos a la espalda y se las inmovilizó con una brida. Todo resultó tan sencillo, todo fue tan rápido, que más tarde le costaría trabajo creer que su plan se había desarrollado como realmente se desarrolló.

—Quería verte.

—Tendrías que haber pensado si yo quería verte a ti.

Cuando subió a la que era su planta, tras haber recorrido de nuevo el pasadizo, esta vez de regreso, hacia el salón ruso, viendo a su paso las mesas de marquetería sobre las que había dispuesto en círculo unas copas con filigranas de oro, un par de decantadores, un devocionario con cubiertas de marfil y unas bomboneras, más anchas, más estrechas, comprendió que ahora tenía un prisionero. Un prisionero que era su padre, encerrado en el sótano. En la sala de visitas se acercó a uno de los espejos y pudo comprobar que algo se había estremecido en su interior. Algo que se había transformado para siempre. Algo que no le permitiría volver a razonar con total cordura. Apenas se reconoció. La imagen del espejo era su imagen. La reflejaba a ella, pero su piel ahora parecía oscura, de modo que no podía ser la suya, siempre tan pálida y enfermiza, casi violácea en determinados puntos de la cara, bajo los ojos, a ambos lados del cuello. Y el pelo se le mostraba enredado, con ondas despeinadas que parecían no comenzar ni finalizar en ningún lugar. El espejo le devolvía la representación de una Eloísa exhausta que había caminado por los pasadizos del palacio y que pronto caminaría por los salones de camino a la escalera que llevaba a los tejados, consciente de que en el plazo de quince minutos sería otra persona. No más inteligente ni más eficaz. Solo más clemente. Más dispuesta a tolerarse.

Se tomó dos pastillas a la vez sin querer examinar lo que dejaba atrás. Sin reflexionar ni hacer más consideraciones sobre lo que iba a pasar, lo que había pasado ni lo que le esperaba a lo largo de los próximos días. Habría preferido que no le temblaran las manos, pero sabía que dejarían de temblarle en cuanto las pastillas empezaran a disolverse. A disgregarse en su organismo y a hacerle efecto.

No había manera de cambiar lo que acababa de hacer.

Su padre era el paradigma del asesino. El prototipo perfecto del maltratador criminal. Eso era su padre. Un espécimen digno de estudio que había pasado a formar parte de una estadística, al igual que formaba parte de una estadística su madre y al igual que formaba parte de una estadística ella misma. Los tres figuraban en los artículos y en las monografías que transformaban el personalísimo dolor, la llaga, la lesión interna, en datos cuantificables y evaluables a lo largo de largas reuniones de expertos acerca de la organización y el funcionamiento de cualquier grupo humano. La pareja. La familia. Para llegar a conclusiones que hablaban de cuchillos, machetes y

navajas. Las armas blancas que se empleaban en casi el cincuenta por ciento de las ocasiones. Aunque también se podía matar a golpes, y así sucedía en el veinte por ciento de los casos. O estrangular con las manos. Los datos confirmaban que las armas de fuego solo se usaban en un cuatro por ciento de los asesinatos registrados, de modo que su padre encajaba perfectamente en el modelo. Varón. De entre treinta y cuarenta y cinco años. Que había matado a cuchilladas. Su padre era un ejemplo acabado. Un padre objeto de estudio. Una madre objeto de estudio. Y ella, con su hermana, unas hijas objeto de estudio. Como ratones. Animales en cautividad. O como las hormigas que había en su cama, cuya principal actividad consistía en ir de un sitio a otro en busca de comida con la pretensión de sobrevivir unas horas más, y que subsistían sin la conciencia de ser materia de análisis e investigación. Que se desplazaban entre sus sábanas sin saber que existían leyes que también les concernían porque su existencia se desarrollaba bajo el mandato de normas invariables, recogidas en pormenorizadas memorias que precisaban sus reacciones, sus condicionamientos, sus asociaciones y sus conductas.

Solo que ellas no lo sabían.

La botánica era la ciencia que trataba de las plantas, pero ¿en qué afectaba eso a las plantas?

4

Con su padre encerrado en el edificio, Eloísa pasaba mucho tiempo fuera. Muchas más horas de las deseadas. Caminando por la espesura y por los senderos que llevaban a las pedregosas terrazas por las que trepaba en silencio, contemplando la agitación de las pequeñas ramas de los árboles más jóvenes, que danzaban enloquecidas en busca de la alimenticia luz y bajo la aplastante ferocidad de un viento impredecible. Con la belleza al alcance de la mano. La auténtica belleza. La que no exigía comprensión ni entendimiento ni la intervención de la razón. Solo aceptación. Subía hacia lo más alto del monte, donde todo quedaría ante sus ojos. El palacio y sus jardines. Los tallos leñosos que inundaban el matorral. Los pequeños animales. Una panorámica azotada por la violencia de un viento que la azotaba también a ella, y que parecía aspirar a desmembrarla. A convertirla en una masa informe. Forcejeando con ella y empujándola como si esperara devolverla al lugar del que procedía. Como si en los dominios del monte no hubiera espacio para una mujer tan pequeña y mal pertrechada.

Pero si el viento la expulsaba de allí y la presencia de su padre la obligaba a renunciar a su salón ruso, ¿dónde estar?

Más tarde, cuando regresara y encendiera la lámpara de bronce que iluminaba el acceso a la residencia, el recibidor por el que circulaban los coches de la familia y de sus invitados desde la entrada hasta el patio posterior, con paredes de ágata y mármol, cuando por fin se sentara para descansar, advertiría otro tipo de vértigo y otro tipo de desequilibrio. La sensatez le enumeraría entonces cada detalle de lo que tenía que haber hecho y de lo que no había hecho. Y a la inversa: de lo que no tenía que haber hecho jamás. Rodeada de relojes y vitrinas, entre el centelleo y el brillo de las diademas de pedrería, los divanes y las porcelanas, después de haber dejado atrás la estrecha galería que comunicaba el salón de gala con el propio salón ruso, y ya establecida en el

despacho cuyo tramo superior estaba pintado de un color ocre, con tallos verdes que caían hacia la base, también verde, estudiaría su situación y volvería a sentirse una privilegiada por poder girar su llave tres veces en el engrasado mecanismo que daba paso al salón, cubierto por una espléndida manilla traída de otro palacio (en Florencia), sin encontrar las palabras adecuadas para describir lo afortunada que se sentía por estar allí. Simplemente por eso. Por estar allí. Porque aquel era el bien más noble que se le podía entregar: el de seguir en la casa Vallet catalogando sus bienes. Cuidando de sus bienes.

Pero eso sería más tarde. Una vez acallados los aullidos de su padre.

De momento, todo lo que podía hacer era seguir mezclándose con las raíces y desaparecer entre las rocas. Sentir el roce de las plantas y avanzar, con salpicaduras de barro en el vestido, volviendo la cabeza de vez en cuando mientras el eco de cada nueva bocanada de aire se hacía más y más evidente. Girarse hacia la estructura de la casa, hacia la portada principal y hacia la simetría en la distribución de las ventanas. La piedra que parecía emerger espontáneamente de la tierra para dar forma a una mansión que podía mostrarse protectora y hospitalaria pero también, como en ese instante, disuasoria y opresiva. Detenerse en la observación de cada ángulo, de cada grieta, de cada abertura en forma de mirador, con el sonido del viento acercándose de nuevo y barriéndola de nuevo, gritándole en los oídos al igual que seguiría gritando su padre en el sótano, reclamando su ayuda o la ayuda de cualquier individuo que pudiera pasar por allí. Sin saber que por allí no pasaba nadie.

Eloísa seguiría escapando, alejándose de la vergüenza. Ocultándose sin dejar de pensar en lo apropiado que sería disponer del don de la ligereza. De la bendita facultad de alzarse del suelo, desprenderse de la gravedad y ascender.